

Un debate que se renueva en el siglo XXI

Imperialismo y teoría marxista en América Latina

Marcelo Yunes

Los problemas que plantea hoy la realidad de América Latina y su relación con el mundo capitalista-imperialista desarrollado presentan ciertas diferencias con las décadas anteriores. Tras la década del 90, con su neoliberalismo rampante, la avanzada de la neocolonización imperialista y la agresiva estrategia económica y política del imperialismo, en particular el de Estados Unidos, sobre la región, la primera década de este siglo obliga a retrabajar categorías, dar cuenta de realidades y tallar en nuevos debates. El ciclo político latinoamericano de comienzos del siglo XXI, abierto con las primeras rebeliones populares y que dio origen a un conjunto de gobiernos de rasgos políticos y funciones a los que nuestra corriente se ha referido en diversas oportunidades¹, no se ha cerrado. Por el contrario, su vigencia, a pesar de los vaivenes de la región, es un elemento que debe inscribirse en los marcos de la acción de la lucha de clases sobre estructuras económicas y políticas como las que dan forma a la relación entre imperialismo y periferia. A continuación, comenzaremos por un repaso histórico del lugar de la región en el orden capitalista global, luego nos concentraremos en debates políticos, teóricos y estratégicos –algunos más generales, otros más específicos–, para concluir con un resumen conceptual de lo que a nuestro entender representan los parámetros básicos de un abordaje marxista de la cuestión del imperialismo.²

¹ Véanse especialmente los artículos de Roberto Sáenz “Nacionalismo burgués y frentepopulismo en América Latina” (*Socialismo o Barbarie* 20, diciembre 2006) y de José Luis Rojo, “Tras las huellas del ‘socialismo nacional’” (*Socialismo o Barbarie* 21, noviembre 2007).

² Este texto está tomado de otro mayor que intenta una cierta sistematización cronológica y conceptual del análisis marxista del imperialismo, desde las elaboraciones del marxismo clásico hasta el presente, con el rescate de aportes como los de Henryk Grossmann y Milcíades Peña, y que será

I. UNA PERIODIZACIÓN DE LA INSERCIÓN DE AMÉRICA LATINA EN EL MUNDO CAPITALISTA

La recapitulación de elementos históricos en la relación entre nuestra región y el sistema capitalista mundial no tiene nada de digresiva. En verdad, los debates que se han dado en el seno de la izquierda latinoamericana son una muestra palpable de que el pasado vive en el presente, y eso vale también para las conceptualizaciones y los esquemas teóricos. Ya el comienzo mismo de la historia de América Latina integrada a la historia universal, es decir, el rumbo de la región después de la conquista española y portuguesa en los siglos XV y XVI, ha sido objeto de controversias que escondían malamente su relación con estrategias presentes. Como apuntaba Milcíades Peña, “determinar el exacto carácter de la colonización tiene una importancia nada académica. Baste decir que la conocida teoría sobre el carácter ‘feudal’ de la colonización sirvió durante largo tiempo a los moscovitas criollos (...) para enrollar la madeja de una fantasmagórica ‘revolución antifeudal’ que abriría el camino a una supuesta etapa capitalista” (*Antes de Mayo*, Buenos Aires, Fichas, 1973, p. 45).

Por falta de espacio no desarrollaremos aquí la argumentación que sostiene –en el marco de una evidente combinación de elementos de capitalismo comercial y rasgos feudales que dieron forma a un “capitalismo colonial”– que el carácter de la colonización americana fue una empresa capitalista desde sus inicios. Sólo reproduciremos aquí las definiciones al respecto, que consideramos de marxismo de buen cuño (los resaltados son siempre nuestros).

Así, para Peña, “el contenido, los móviles y los objetivos de la colonización española fueron decisivamente capitalistas (...) producir en gran escala para vender en el mercado y obtener una ganancia (...) Bien entendido, no se trata del capitalismo industrial. Es un capitalismo *de factoría*, ‘capitalismo colonial’, que a diferencia del feudalismo no produce en pequeña escala y para el mercado local, sino en gran escala, utilizando grandes masas de trabajadores y con la mira puesta en el mercado, generalmente en el mercado mundial (...) Éstas son características decisivamente capitalistas, aunque no del capitalismo industrial que se caracteriza por el salario libre” (ídem, pp. 44, 46 y 49).

Peña se apoyaba, entre otras investigaciones, en un trabajo de Sergio Bagú donde se afirma que “las colonias hispano-lusas no surgieron a la vida para repetir el ciclo feudal, sino para integrarse en el nuevo ciclo capitalista que se inauguraba en el mundo. Fueron descubiertas y conquistadas como *un episodio más de un vasto período de expansión comercial del capitalismo europeo* (...) la orientación que van tomando sus explotaciones mineras y sus cultivos agrícolas descubren a las claras que responden a los intereses predominantes entonces en los grandes centros comerciales del Viejo Mundo”. Y aunque algu-

editado próximamente. Se reproduce aquí, con modificaciones menores y de forma, parte del capítulo final de ese trabajo; el texto sobre Grossmann que viene a continuación corresponde al capítulo 2.

nas de las relaciones sociales de producción de las colonias tuvieran innegables reminiscencias feudales, las formas económicamente dominantes no eran las de servidumbre, sino que “en las colonias españolas predominó la esclavitud en forma de *salario bastardeado*” (*Economía de la sociedad colonial*, citado en Peña, ídem, pp. 45 y 49).

Desde el mismo ángulo, Nahuel Moreno, en sus *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa*, sostenía que “en toda la América española de la colonización existió un capitalismo bárbaro, un sistema basado en el intercambio de mercancías y en estrecha ligazón con el mercado mundial. Es indudablemente un régimen totalmente distinto al ya existente o que está surgiendo en el norte de Europa (...), pero tampoco tiene nada que ver con el régimen feudal. Es una forma aberrante del desarrollo capitalista europeo” (en apéndice a George Novack, *Para comprender la historia*, Buenos Aires, Pluma, 1975).

Henryk Grossmann también se refirió al tema en términos similares, apoyándose, como luego Moreno, en una conocida referencia del propio Marx al tema: “Desde el principio (...) se trata, en lo que se refiere a estos territorios (...) según la expresión de Marx, de ‘una segunda clase de colonias, las plantaciones, que son desde el momento mismo de crearse especulaciones comerciales, centro de producción para el capitalismo mundial’ (*Teorías de la plusvalía*, tomo II). Se podría poner en duda su carácter capitalista, dado que aquí son ocupados esclavos y no trabajadores asalariados. Marx responde a ello que ‘aquí existe un régimen de producción capitalista, aunque sólo de un modo formal, puesto que la esclavitud de los negros excluye el libre trabajo asalariado (...) Son, sin embargo, capitalistas los que manejan el negocio de la trata de negros’ (ídem)” (*La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1984, p. 258). Grossmann agrega, en su polémica con Rosa Luxemburgo: “Asimismo, no eran las necesidades de colocación de productos sino el *interés en la producción de plusvalor* el motivo propulsor de la expansión colonial (...) (No es que) el plusvalor producido en Europa en forma capitalista no se ‘realiza’ a través del comercio colonial, sino que (ese plusvalor) es *extraído en las colonias* mismas de los esclavos de las plantaciones, y ‘realizado’ en países capitalistas desarrollados de Europa. Hay que tener en cuenta que *en el primer siglo* después del descubrimiento de América todo el carácter de la colonización española y portuguesa lleva un carácter *capitalista*, el carácter de la *caza del plusvalor*, aun cuando la economía de plantación fuera explotada sobre la base del trabajo de esclavos” (ídem, pp. 261 y 263).

Finalmente, y aunque sus teorizaciones tienden a perder de vista el carácter *combinado* de la estructura colonial latinoamericana, son válidas las observaciones de André Gunder Frank en el sentido de que “el factor clave de la estructura económica y de clase en Latinoamérica hay que buscarlo en el grado y tipo de dependencia con respecto a la metrópolis del sistema capitalista mundial (...) Las relaciones de producción y la estructura clasista del latifundio, de la mina y sus *hinterlands* económicos y sociales se desarrollaron en respuesta a las expo-

liadoras necesidades colonialistas de las metrópolis (...) No fueron, como con tanta frecuencia se pretende erróneamente sostener, el resultado del traspaso en el siglo XVI de las instituciones feudales ibéricas" (*Lumpenburguesía: lumpen-desarrollo*, Barcelona, Laia, 1979, pp. 35 y 37).

Irónicamente, si respecto de la *colonización* de América los historiadores de raigambre stalinista se apresuraban a enfatizar los aspectos feudales en desmedro de los capitalistas, en su análisis del proceso de *independencia* de las colonias americanas el elemento burgués está exagerado hasta el extremo. En todo caso, la independencia latinoamericana estuvo *lejos de ser una revolución burguesa*, si por tal se entiende una subversión de la estructura económico-social, un desalojo violento de las clases económica y políticamente dominantes y un cambio radical en sus relaciones con las metrópolis.

El agotamiento de la dependencia de una metrópoli en decadencia y el desarrollo, por parte de los sectores dominantes locales, de vinculaciones comerciales con la potencia dominante en el mundo, Inglaterra, se *combinó* con la aparición de un factor "externo" que terminó de dar impulso a esas clases locales: el debilitamiento de la relación colonial con España en virtud de las guerras napoleónicas (1810-1815). Es esta *combinación de factores endógenos y exógenos* la que desembocó en el proceso de independencia.

Un liberal del siglo XIX, Juan Bautista Alberdi, el redactor de la Constitución argentina de 1853 y uno de los pensadores burgueses más lúcidos de su época, sostiene que "Europa, o por mejor decir Francia, dejando a España y a América sin rey, en 1810, dejó a América dueña de sí misma (...) Si había en esto un cambio, si esto era una revolución, esa revolución era obra de Europa, no de América, que era *agente pasivo* de esa novedad. Es verdad que ese cambio, *empezando europeo, se volvió americano* (...) la independencia americana es el resultado natural e inevitable de las *necesidades económicas*, de los intereses generales de la civilización de *ambos mundos*" (*Escritos póstumos*, citado por Peña, *Antes de Mayo*, pp. 84-85).

Desde el marxismo, Luis Vitale se refiere a la revolución de mayo de 1810 como resultado de "la existencia de una clase social, la burguesía criolla, cuyos intereses entraron en contradicción con el sistema de dominación impuesto por la metrópoli (...) Controlaba a fines de la colonia las principales fuentes de riqueza, pero el gobierno seguía en manos de los representantes de la monarquía española. Esta contradicción entre el poder económico, controlado por la burguesía criolla, y el poder político, monopolizado por los españoles, es el motor que pone en movimiento el proceso revolucionario de 1810 (...) el gobierno significaba el dominio de la aduana, del estanco, de las rentas fiscales, de los altos puestos públicos, del ejército y del aparato estatal, del cual dependían las leyes sobre impuestos de importación y exportación. El cambio de *poder* no significaba transformación *social* (...) De ahí el carácter esencialmente *político y formal* de la independencia (...) El pensamiento liberal del siglo XVIII, que en Europa sirvió para realizar la *revolución democrático-burguesa*, en América Latina fue utilizado para cumplir *solamente una* de sus tareas: la *inde-*

pendencia política" (*Interpretación marxista de la historia de Chile*, citado en A. Gunder Frank, cit., pp. 67-69).

Subrayando la diferencia entre la independencia de las colonias inglesas de Estados Unidos y las españolas, Milcíades Peña resume: "Los intereses capitalistas más sólidos y poderosos no se orientaban hacia el mercado interno, sino hacia el mercado *mundial* (...) Lo que la independencia logró fue favorecer el desarrollo de América española en la *única* forma en que su sociedad podía evolucionar *con los elementos que contenía*: como *apéndice económico de Europa*, abastecedor y consumidor de la industria inglesa. De la dependencia política de España se pasó a la dependencia económica de Inglaterra" (*El paraíso terrateniente*, Buenos Aires, Fichas, 1972, pp. 15 y 16). En efecto, sólo tenían voluntad de desarrollar el mercado interno las industrias locales, sumamente atrasadas y destinadas a vegetar y sucumbir, no a acumular de manera capitalista, ante la competencia extranjera. Los sectores burgueses vinculados a la exportación (comerciantes o productores) y que usufructuaban la renta aduanera, principal ingreso fiscal, no tenían el menor interés en poner en riesgo esa provechosa relación de socio menor con la nueva metrópoli impulsando una industria atrasada e ineficiente.

Esta contradicción no se saldó inmediatamente sino sólo a después de un largo período de guerras civiles entre lo que Guizot llamaba los partidos "europeo" y "americano", es decir, el que quería mantener y reforzar las relaciones (de dependencia) con Europa y el que intentaba defender formas de protección a la industria y el comercio locales, lo que los condenaba a la hostilidad de las potencias extranjeras. Como observa Frank, "la política 'americana' más extrema fue la del Paraguay (...) al aislar a su país no de todas las relaciones sino de la dependencia extranjera, Gaspar Francia y sus sucesores, los López, lograron un desarrollo nacional estilo bismarckiano o bonapartista como ningún otro país latinoamericano de la época" (cit., p. 73). Es sabido cómo terminó el experimento de desarrollo autárquico, con ferrocarriles, correo, educación pública gratuita y técnicos pero no inversores extranjeros: Brasil y Argentina, con el apoyo y beneplácito de Gran Bretaña, ejecutaron uno de los genocidios más brutales del siglo, exterminando en cinco años (1865-1870) más del 80 por ciento de la población masculina del Paraguay y condenándolo a la sumisión y atraso que no ha superado hasta hoy.

El triunfo del "partido europeo" fue también, naturalmente, el triunfo de la doctrina librecambista, defendida por aquellas clases y sectores que medraban con el comercio exterior minero y agropecuario, y se desentendían de los incapaces de competir en el mercado mundial.

La estructura comercial del continente siguió siendo hasta la mitad del siglo XIX profundamente colonial. En el último tercio del siglo, no obstante, la expansión de la producción y el aumento de los precios de los productos de exportación ofrecieron tanto la base material como el motivo para las "reformas liberales", en muchos casos anticlericales y de sentido modernizador, que recorrieron toda Latinoamérica en ese período. La abolición de la esclavitud en Brasil, la

unificación argentina bajo la hegemonía de Buenos Aires, el juarismo y el porfirismo en México, las revoluciones en Centroamérica, expresan a la vez el fortalecimiento económico y político de los liberales y las nuevas necesidades de estados nacionales finalmente consolidados. Desde ya, la expresión “liberal” debe tomarse a la latinoamericana, es decir, *cum grano salis*; “los propios liberales se aprestaron a ser los primeros en imponer una política represiva y aun una dictadura militar” (Frank, cit., p. 89). Y, como se apunta en referencia a México, pero con validez continental, “este auge económico –que, por otra parte, se veía *muy drenado hacia el exterior*– sin verdadero progreso social, hacía evidentes los escándalos (...) de un sistema represivo bajo una fachada de democracia” (Thomas Calvo, *Iberoamérica de 1570 a 1910*, Barcelona, Península, 1996, p. 351).

De este modo, los *tres grandes procesos* que atravesó el continente en el siglo XIX –la *independencia*, las *guerras civiles* por la unificación nacional y las *reformas liberales* del último cuarto de siglo– consolidaron a la vez un Estado-nación independiente políticamente y una estructura de dependencia económica de las metrópolis vía el vínculo con el mercado mundial. En *ningún* caso se verifica un crecimiento económico basado en la ampliación del mercado interno, sino siempre *una hipertrofia de los sectores vinculados a la exportación y un raquitismo crónico del resto de la nación*, que sobrevive poco y mal la destrucción de sus precarias industrias locales y la succión de recursos por parte de la autoridad central (aunque ésta se llame “federal”).

Como en la colonia, como luego en el siglo XX y como hoy en el siglo XXI, “se vuelve a caer bajo la tiranía del sector externo. ¿Es una maldición? No, es un hilo conductor” de la historia de la región (Calvo, cit., p. 383). Y todavía en la década de 1930, un nieto y abuelo de entreguistas argentinos, Federico Pinedo, admitía que “la vida económica del país gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exportador”. Fue sobre esa rueda maestra que se estructuró el desarrollo, o más bien subdesarrollo, de toda la región.³

Con esa configuración llega América Latina al siglo XX y a la era del imperialismo. En cuanto a las relaciones entre el continente y las metrópolis, la fábula del antiimperialismo vulgar, que pasa por marxista pero que sólo repite clisés mal digeridos, acusa a las inversiones imperialistas de detener de manera absoluta el desarrollo y el progreso económico. Pero esas relaciones son más complejas y contradictorias.

En línea con uno de los rasgos del imperialismo que observara Lenin, el paso de la exportación de mercancías a la de capitales, “los gobiernos dependientes

³ Un contraejemplo propuesto por Gunder Frank es el caso australiano, para el cual presenta la siguiente hipótesis. A pesar de ser también un país “nuevo” y con una vinculación fuerte con el mercado mundial vía la exportación de lana, carne y trigo, no cuajó en una estructura social y económica comparable a la de América Latina gracias al crecimiento de una clase obrera que pudo imponer al gobierno, en defensa de sus propios intereses, “una política proteccionista e inmigratoria agraria que permitió el desarrollo australiano posterior” (*Lumpenbuesía: lumpen-desarrollo*, ed. cit., p. 76).

de la región abrían las puertas ahora no sólo al comercio, sino a las nuevas formas de inversión del capital imperialista" (Frank, cit., p. 91), en especial a las obras de infraestructura. Estas inversiones se hacían urgentes precisamente en función de la expansión de la capacidad productiva y exportadora de Latinoamérica, y permitían sostenerla y aprovecharla en beneficio primario de las metrópolis. Es significativo que una industria de infraestructura tan decisiva como el ferrocarril fuera iniciada, al menos en los países más evolucionados de la región, con capitales nacionales (privados o, más comúnmente, estatales). Cuando las redes de transporte y energía se revelaron viables y lucrativas, se verificó el traspaso de la actividad a manos de capitales imperialistas, en general no con la resistencia sino con la anuencia de las burguesías y gobiernos locales.

Según Frank, el imperialismo "transformó en un sentido reaccionario toda la estructura productiva y de clases. No sólo se sirvió del estado para invadir la agricultura, sino que tomó posesión de casi todas las instituciones económicas y políticas para incorporar la economía entera al sistema imperialista (...) Y donde no se apropiaron de la tierra, fueron dueños de sus productos (...) se consolidó (...) una economía monoexportadora explotada por una burguesía satelizada actuando a través de un estado corrompido de un antipaís: 'México bárbaro', las 'repúblicas bananeras' que no son sino 'países-compañía' (...), la 'Argentina británica', el 'Chile patológico' (...) Pero no debe pensarse que este proceso de penetración imperialista de la economía latinoamericana obedeció a un impulso meramente metropolitano; fue igualmente un resultado de la atracción y cooperación por parte de la propia burguesía latinoamericana" (ídem, pp. 94-96).

Así, como resaltara Peña, las consecuencias de la intervención económica imperialista no son simplemente "enemigas del desarrollo", sino que remiten a un *desarrollo brutalmente desigual*, con "islas de progreso" en un mar de atraso general, con aumento de los volúmenes de producción y exportación sobre una estructura de clases más desigual que nunca, con modernización tecnológica pero no al servicio del conjunto de la nación sino del sector que usufructuaba y expoliaba al resto. Las masas siguen siendo convidadas de piedra del "progreso" regional, al que no obstante aportan su sudor redoblado (el PBI per cápita mexicano era en 1877 *inferior a 1800*, para no hablar de la desigualdad social).

Así, "la metrópolis estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviarias y eléctricas, lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, a su vez conectado a la metrópolis" (cit., p. 94). Es el modelo de "país abanico", con un centro absorbiendo y condenando a la incomunicación y el atraso al interior, con que Peña describe a la Argentina pero que fácilmente se puede extrapolar a la mayoría de los países de la región. Un ejemplo instructivo es el primer ferrocarril boliviano, inaugurado en 1892: "De 944 kilómetros de longitud, unía las regiones mineras del Altiplano con Antofagasta, que había pasado a ser chilena, y dejaba de lado

la mayoría de las grandes ciudades: la integración nacional no presentaba ningún interés para la sociedad propietaria inglesa" (Calvo, cit., p. 400).

Ocurre que esta nueva etapa de inserción de Latinoamérica se diferencia de la anterior –signada por tratados comerciales y empréstitos de Estado leoninos, como los que Inglaterra selló con Brasil y Argentina en el segundo cuarto del siglo– en el *control casi directo* de los principales recursos y resortes de una producción expandida en volumen y en valor. Uno de los sectores clave de la inversión extranjera son los transportes, cuyo “desarrollo tardío pero espectacular (...) implica el drenaje de una producción también diversificada (...) De ello resultó una inversión de la balanza del comercio exterior, que se hizo excedente (...) Pero no había allí nada inquietante para el capitalismo internacional (...) De 1907 a 1914, Brasil tiene un comercio excedente de 13 millones de libras anuales, pero como entregaba 22 millones a sus acreedores, la balanza de pagos era deficitaria. Por otra parte, este excedente comercial enriquece ante todo a las compañías extranjeras de comercio” (ídem, p. 404). El caso brasileño se replica, con los matices y adaptaciones del caso, a México y Argentina, y seguramente a la mayor parte de los países de la región.

Sobre la experiencia desarrollista (décadas del 30 al 50) no nos extendemos, pues merece un tratamiento separado, y sólo recordaremos algunos de sus elementos centrales. Primero, la hacen posible cambios generados en *las metrópolis*: la crisis de 1929, la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial, la caída del comercio internacional y el *debilitamiento de hecho de los vínculos económicos* entre los países imperialistas y los latinoamericanos. La intervención metropolitana en la región se redujo en general hasta los años 50.

En segundo lugar, se verifica un cierto impulso a la industria local, en algunos casos a partir de los mismos que habían bloqueado su desarrollo. El caso argentino es aleccionador pero no excepcional: Horacio Bruzzone, presidente de la Sociedad Rural Argentina, bastión de los terratenientes librecambistas, reconoce en 1933 que “siempre hemos conceptuado contraproducente el proteccionismo para cierta clase de industrias que sólo pueden vivir en un invernáculo arancelario, pero ahora nos encontramos todos de acuerdo en la necesidad y utilidad nacional de ayudar a la organización de industrias (...) Todo lo que se pueda hacer para fomentar nuestra producción industrial ayudará al país a salir de las dificultades que vemos con creciente ansiedad acercarse a consecuencia del cierre progresivo de los mercados europeos” (en M. Peña, *Industrialización y clases sociales en la Argentina* (en adelante ICESA), Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, p. 147). Por supuesto que este giro obligado por las circunstancias no desviaba la estrategia global de las clases dominantes. El propio impulsor de este programa, Federico Pinedo, ministro de Hacienda, decía en 1940: “No creemos que sea posible ni conveniente cambiar las bases económicas del país. No pensamos establecer la autarquía (...) no tengo ninguna prevención por lo que se llama el carácter agrario de nuestro país (...) No pensamos en llegar a una industrialización total, masiva, del país” (célebre discurso citado por Murmis y Portantiero, Peña y Frank, en cit., p. 107).

A pesar de los esfuerzos de los teóricos populistas de todo pelaje por demostrar lo contrario, los grandes movimientos nacionalistas burgueses del período (varguismo, peronismo, cardenismo) se asentaron sobre esta estructura y sobre estas condiciones, *sin modificarlas en lo esencial*. Lo atestiguan los límites del proceso de sustitución de importaciones, decisivos en lo que hace a la carencia de una verdadera infraestructura de “industria para la industria” (es decir, su concentración en la producción de bienes de consumo) y también respecto de la expansión de la demanda interna.

Por otra parte, las experiencias más “radicalizadas” de nacionalismo burgués no pueden analizarse centralmente a partir de las iniciativas de los gobiernos en cuestión y de su relación con el imperialismo en abstracto, sino *considerando un factor antes ausente* en la configuración de esa relación en el siglo XIX: las luchas obreras y populares. El caso de la nacionalización del petróleo, la reforma agraria y el comienzo de una relativa industrialización en México bajo Lázaro Cárdenas debe inscribirse no sólo en el contexto de la Gran Depresión de los 30 y la brutal crisis económica y social, sino también del empuje de la clase obrera mexicana. Así lo manifiesta Fernando Sánchez Paz en su *Estructura y desarrollo de la agricultura en México*, donde establece dos factores esenciales que explican la nacionalización del petróleo por Cárdenas: “1) A raíz de la crisis de 1929 (...) una causa esencial fue la debilidad del imperialismo. 2) En el otro extremo, los obreros petroleros (...) En los años que precedieron a 1938, el número de huelgas registradas fue verdaderamente impresionante, y esto lleva a pensar que *fueron precisamente los obreros quienes obligaron a dar ese paso trascendental y peligroso*” (en Frank, cit., pp. 110-111).⁴ Donde no hubo semejante presión, los resultados de la “pseudointustrialización” y del nacionalismo burgués en cuanto a aflojar los lazos de dependencia respecto del imperialismo fueron aún más modestos.

Como ya hemos señalado, la dependencia de la región respecto de bienes de capital, tecnología y divisas hizo que este proceso de industrialización, populismo y nacionalismo de vuelo bajo y corto se agotara una vez disipado el “momento muy *sui generis*” (Frank) que posibilitó su origen. Las limitaciones de una acumulación de capital centrada en bienes de consumo, de baja escala, eficiencia y productividad, con infraestructura energética y de transportes raquífica o poco orgánica, están en la base de su “incapacidad para alcanzar un nivel de desarrollo autosostenido” (Peña). El resultado inevitable fue, por consiguiente, una mayor dependencia por la vía de los préstamos externos tras la crisis de los petrodólares y la ofensiva de recolonización política y económica del impe-

⁴ No son necesariamente incompatibles esa formulación descriptiva y este juicio político global: “La nacionalización de los ferrocarriles y de los campos petrolíferos en México no tiene, por supuesto, nada que ver con el socialismo. Es una medida de capitalismo de Estado en un país atrasado que busca de este modo defenderse por un lado del imperialismo extranjero y por el otro de su propio proletariado” (León Trotsky, “Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista”, en *Sobre los sindicatos*, Buenos Aires, Pluma, 1975, p. 132).

rialismo, en particular el yanqui, instrumentada por las dictaduras militares que se florearón en la región en los años 70.

El período de avanzada neoliberal, con su reforzamiento de los lazos de sujeción al imperialismo, aumento exponencial de la explotación y del saqueo por diversas vías y derrota de la clase trabajadora y los sectores populares abarcó las décadas del 70 al 90. Caben dos precisiones: primero, el proceso en su conjunto debe enmarcarse en la nueva fase de mundialización-globalización del sistema capitalista desde fines de los 70, que alcanzó su cenit económico, político e ideológico precisamente en los años 90⁵; segundo, aunque en Latinoamérica se vivieron dos etapas claramente diferenciadas en cuanto al régimen político (dictaduras militares ultrarreaccionarias en los 70 y comienzos de los 80; democracia burguesa desde entonces hasta ahora), *esto no significó cambios sustanciales* en la relación de dependencia, subordinación y explotación de la región por las metrópolis imperialistas.

De conjunto, el período barrió con toda veleidad de desarrollo nacional capitalista autónomo o semi autónomo en prácticamente toda la periferia y en especial en Latinoamérica. La apertura indiscriminada y sin protección alguna, bajo la égida y la ideología del libre mercado, integraron más sólidamente que antes a ciertas áreas y enclaves productivos de la región al mercado mundial, a la vez que desintegró y arruinó otras.

La estructura económica general de la región, así como su perfil exportador, sufrieron una fuerte *reprimarización*. Las instalaciones industriales que sobrevivieron lo hicieron en muchos casos al precio de *cambiar de manos* de capitalistas locales a extranjeros, y en todos los casos con un sustancial aumento de la productividad del trabajo y la explotación obrera. Si ya en los 60 Milcíades Peña sostenía que “en los últimos tiempos, tanto como en los primeros estadios, la industria nacional se vincula con el imperialismo apenas alcanza cierto grado de desarrollo” (ICSA, cit., p. 216), esta necesidad se hace aún más acuciante en la fase de mundialización del capital.

En efecto, todas las rémoras que cargaba la industria latinoamericana se hacen más evidentes y menos sostenibles en un contexto de apertura total a y competencia con las exportaciones de mercancías y capitales imperialistas. Los sectores más fuertes del capital industrial vernáculo se han *asociado* con el capital imperialista (casi siempre como socio subordinado) o directamente han *enajenado* sus empresas, con la consiguiente extranjerización de la estructura productiva. En *ningún* caso se ha verificado un enfrentamiento sistemático con el ingreso del capital imperialista.

El esquema de transferencia de recursos de la periferia al centro que está en la base del concepto (y de la realidad) del orden imperialista abrió en este período nuevos canales y reforzó otros. El servicio de deuda externa fue sin duda el

⁵ La envergadura e implicancias del proceso son tales que nos eximen aquí de referirnos en detalle al tema. Pueden consultarse elaboraciones de nuestra corriente como las de Roberto Ramírez, “La mundialización del capitalismo imperialista y nuestro programa”, mimeo, 1995, y la más reciente “Tendencias de la situación mundial”, *Socialismo o Barbarie* 19, diciembre 2005.

más obvio y significativo, con un salto exponencial en los montos adeudados y los intereses pagados. Pero siguieron vigentes los términos de intercambio favorables a las naciones desarrolladas, así como las remesas de dividendos de las firmas imperialistas a sus casas matrices. A esto deben agregarse los negocios y negociados vinculados a las privatizaciones de empresas y servicios públicos.

Desde el punto de vista de la inserción *política* de la región, un canciller argentino de los 90 definió su naturaleza con toda crudeza (y toda verdad) como “relaciones carnales” con Estados Unidos primero y todo el mundo imperialista después. Fue innegable también la relativa pérdida de soberanía, legalizada a través de la injerencia en diversos ámbitos de una serie de instituciones, desde el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el BID y el CIADI en lo financiero, hasta el peso del propio Departamento de Estado y la embajada estadounidense en la definición de las políticas, pasando por la asociación militar para “operaciones conjuntas”, en términos de clara subordinación estratégica a EE.UU. y la OTAN.

Toda esta evolución de las economías latinoamericanas, sus estados y sus gobiernos en el marco del seguimiento escrupuloso del neoliberal Consenso de Washington (1989), aunque se asentó sobre los desarrollos más generales del capitalismo global y su mundialización, no es el resultado *inmediato* de la dinámica económica, sino que fue posible a partir *también* de un *cambio general en las relaciones de fuerzas entre las clases*. Esto se verificó en todo el mundo y con más fuerza aún en nuestro continente. Sin las *derrotas* de magnitud que sufrió la clase trabajadora en este período, no es concebible el nivel de recolonización económica y política de la región, así como su marasmo económico y el crecimiento de la desigualdad, la pobreza y la desocupación. Todo en beneficio de la transferencia de valor hacia los centros imperialistas, empresa en la que las burguesías locales se anotaron como asociados necesarios pero sin mucha voz y casi ningún voto.⁶ El retroceso social y político, junto con un reforzamiento de la dependencia económica, diplomática y militar del imperialismo, fueron la marca de la década; estos resultados son tan conocidos que no es necesario abundar en detalles.

II. ¿REGRESO DE LAS BURGUESÍAS NACIONALES Y EL CAPITALISMO DE ESTADO?

Este tenebroso panorama comenzó a cambiar con las primeras reacciones a nivel internacional al imperio indiscutido del capitalismo más salvaje y descarado, que en su carrera por la succión de plusvalía dejaba el tendal de desocupados, superexplotados, pueblos, naciones y áreas geográficas enteras y

⁶ No obstante, es una exageración completa sostener que “los últimos 25 años han sido testigo del *desmantelamiento total* de la estructura económica que había caracterizado la construcción de la nación-estado latinoamericana y la vuelta atrás a una economía *prenacional* (...) lo que se conoce por neoliberalismo es la restauración por la fuerza de *anteriores* formas de explotación capitalista” (James Petras, “Reconsideración del desarrollo de Latinoamérica y del Caribe para el siglo XXI”, *La Haine*, 4-9-09).

devastación ambiental. A nivel global, desde la conferencia fallida de la OMC en Seattle (1999), y en el orden latinoamericano, la rebelión popular en Ecuador que echó abajo uno de los gobiernos más felpudos del imperialismo de la región, se hizo visible el “cambio de clima” y el fin del consenso neoliberal sin cuestionamientos.

Precisamente, el siglo XXI abre en la región *una nueva fase política* que replantea algunos de los tópicos de períodos anteriores, pero en un contexto renovado. Las rebeliones populares que surcaron sucesivamente Ecuador, Argentina, Bolivia y Venezuela y el cambio de signo político de casi todos los gobiernos de la región transformaron a ésta en uno de los centros de la lucha de clases mundial. Las características políticas de los gobiernos de centroizquierda de la región, su rol de mediación de los reclamos y luchas populares y sus acuerdos y contradicciones con las burguesías locales y el imperialismo se han analizado en otro lugar (ver notas de portada de *Socialismo o Barbarie* 20 y 21).

Por otra parte, hay elementos propios de esta década (aunque se hayan anunciado en las anteriores) que se articulan de manera específica. Uno de ellos, que impacta directamente en América Latina, es la *crisis de hegemonía del imperialismo estadounidense* y el fin de la “unipolaridad” con la que se describía superficialmente la política de EE.UU., sobre todo bajo George W. Bush. La nueva fase de la lucha de clases en la región, que se expresó de manera más o menos distorsionada en el surgimiento de gobiernos de centroizquierda, al combinarse con esa crisis hegemónica y con ciertos cambios en la economía regional, plantearon una nueva relación entre imperialismo y América Latina. Un ejemplo de esto es que la *apuesta recolonizadora* más importante de EE.UU. para Sudamérica en la década, la Alianza de Libre Comercio de las Américas (ALCA), fue *derrotada* sin atenuantes.

Como decíamos, hay una combinación particular de factores que debe ser explicada. Por ejemplo, a diferencia de la tendencia dominante en las últimas décadas, los términos de intercambio, la balanza comercial y la situación fiscal fueron favorables para casi todos los países de la región. A caballo del aumento de los precios de los productos de exportación (en general commodities de bajo valor agregado), pero también de un aumento de los saldos exportables, los gobiernos sudamericanos pudieron disponer por primera vez en mucho tiempo de superávit comercial, de cuenta y fiscal. La soga de la deuda externa, que ahorcaba financieramente de manera crónica las arcas fiscales, se aflojó en varios países. Esto obedeció, en el fondo, a *razones más políticas que económicas*: el default declarado por diversos gobiernos (el caso más notorio fue el de Argentina) y la explosiva situación social y política de la región hizo saber a los centros de poder imperialista que no se podía estirar la cuerda más de lo aconsejable.

En cierto modo, fue una situación análoga –en escala mucho menor y regional– del pavor a la revolución socialista de posguerra que estuvo en la base de la implementación del “Estado de bienestar”: la política de ajuste fiscal y social permanente era imposible de continuar en la región sin generar nuevos estalli-

dos. Las convulsiones sociales, por otra parte, aunque en general no llegaban al cuestionamiento global del orden capitalista, ya eran más que meras explosiones de la miseria, sino que reflejaban *avances organizativos e ideológicos* de sectores de masas. Más allá de las obvias e importantes diferencias de país a país (Bolivia y Venezuela representaron acaso los puntos más altos), había un hecho innegable: el orden capitalista no podía seguir siendo manejado en la primera década del siglo con los parámetros de los 90, so pena de descalabros mayores. Esta realidad es la que expresan *a su manera* (y con las diferencias del caso) los gobiernos de Chávez, Morales, Lula, Kirchner, Correa, Funes, Ortega, Colom, Vázquez, Lugo, Bachelet...

Una coyuntura del capitalismo mundial, por una vez, favorable –como no lo había sido en 50 años–, una relativa pérdida de control por parte de EE.UU. de su “patio trasero”, una situación política que, sin ser revolucionaria, mostraba elementos de radicalización social y política hacia la izquierda, una relativamente mayor autonomía financiera, fiscal y política respecto del imperialismo, dieron forma así a una situación sin antecedentes. Esto es, la *profundización* de la inserción regional en el orden capitalista mundializado, sin que eso represente una *mayor sujeción directa* a una de las metrópolis imperialistas.

Contra las teorizaciones apresuradas y/o interesadas de una “nueva alborada” para la región, cabe reafirmar que todo lo anterior en modo alguno significa una “liberación” de los lazos de dependencia en América Latina, ni mucho menos su conformación en uno de los potenciales “polos” de una configuración “multipolar” del mundo. La pregunta es: ¿constituye la realidad de los últimos lustros un cambio *radical y duradero* en el rol de América Latina en el orden capitalista mundializado, o resulta ser, por el contrario, una situación *transitoria y excepcional*, que se irá sin dejar mayor rastro para volver a poner a la región en el lugar de subordinación y explotación que la caracteriza desde la colonia? Adelantamos que la respuesta, aunque debe anclarse con todo rigor en la dinámica de la economía imperialista y la acumulación del capital (hoy en entredicho), debe contemplar necesariamente un elemento más “abierto”: la evolución de la lucha de clases en la región y, más en general, en el mundo.

Uno de los rasgos positivos de los “nuevos aires” políticos en América Latina es el fin de la insoportable unanimidad entre la burguesía, los medios de comunicación y las propias masas respecto de la imposibilidad (y hasta impensabilidad) de cualquier proyecto político que no empezara y terminara por glorificar el libre mercado. En verdad, ese tipo de discurso está en la región, por ahora, casi irremediablemente desacreditado. La destrucción económica, social y humana del capitalismo “neoliberal” fue demasiado larga y profunda como para que se reponga rápidamente. Justamente, ese eclipse es el que ha dado nuevos bríos a formulaciones que el propio discurso “globalófilo” había desdeñosamente dado por enterradas para siempre. Por supuesto, uno de ellos es el propio proyecto socialista, que en la región cuenta con presencia y a la vez una tremenda confusión gracias y a pesar del “socialismo del siglo XXI” de Hugo Chávez. Pero a no engañarnos: las alternativas al capitalismo neoliberal que se presentan ante el

conjunto de las masas latinoamericanas son otras. Y en algo tienen razón sus críticos de derecha: *salvo el socialismo revolucionario, esas alternativas o no se formulan con claridad, o no son más que una reedición imposible de viejos proyectos en otras condiciones históricas, o son de un utopismo incurable, o una combinación en diversas proporciones de todo lo anterior.*

Y no es accidental que en el centro de esas “alternativas” problemáticas esté la cuestión del imperialismo, porque hace a dos problemas de la región, uno de larga data y otro mucho más actual. La cuestión histórica remite, naturalmente, a la realidad de un continente que desde 1492 hasta la fecha ha sido siempre carne de explotación y está (cada vez más) lejos de resolver problemas muy gruesos de atraso, desigualdad, miseria y sufrimiento de cientos de millones. El dilema actual es qué respuesta dar a ese interrogante en las condiciones de un orden capitalista mundializado de creciente integración económica y política pero también creciente avidez por las riquezas de la periferia. Dicho rápidamente, de lo que se trata es de discutir cómo se enfrentan los problemas de la dependencia, de la modernización, del desarrollo económico.

La respuesta capitalista de los 90 era negar la dependencia a la vez que se le ponían dobles y triples cadenas; invocar la “modernización” como si consistiera en expandir el consumo de celulares y Big Macs, y reservar el desarrollo a los ramos de exportación, competitivos sobre la base de la peor explotación, mientras franjas sustantivas de la población chapalean en la pobreza y desempleo estructurales, con todo su cortejo de lumpenización y degradación social.

El cambio de ciclo político en América Latina dejó fuera de la agenda tales políticas, que en el primer lustro de este siglo llegaron a ser directamente anátoma. Incluso hoy, cerrando la primera década, las fuerzas y propuestas neoliberales requieren de alguna forma de disfraz ideológico para presentarse ante un electorado que mayoritariamente sigue rechazando esas recetas.

Ahora bien, si el camino “neoliberal” puro y duro fue interdicto por las rebeliones populares, y la vía socialista revolucionaria sigue siendo absolutamente minoritaria, ¿cuáles son las alternativas que barajan los gobiernos de centroizquierda y buena parte de la izquierda no marxista respecto de las dos grandes tareas mencionadas?

La respuesta navega sobre dos andariveles, ninguno de los cuales ha sido en general formulado con precisión teórica: la recreación de la “burguesía nacional” y alguna variante de capitalismo de Estado, con diversas combinaciones de ambos. En todo caso, nadie propone salir de los marcos del capitalismo, sólo que se propone un capitalismo “distinto”, con reminiscencias keynesianas, del que consideran hegemónico, el neoliberal. Esto es válido incluso para el “socialismo del siglo XXI” anunciado por Hugo Chávez, que cuando se lo mira de cerca resulta ser un reciclado de experiencias de economía mixta de los años 50 a 70.

Quizá la invocación más explícita al retorno por sus fueros de la “burguesía nacional” fuera la del presidente argentino Kirchner en 2003. En su discurso se mezclaban sin mucho concierto la vieja ideología cepaliana-desarrollista, la

apología (¿o la expresión de deseos?) de la “burguesía nacional”, la vocación “industrialista” y el llamado a ingresar por la puerta grande de las exportaciones en la actual mundialización capitalista. Otros gobernantes de América Latina, así como los propios esposos Kirchner, fueron cargando el énfasis, conforme los vaivenes coyunturales, en uno u otro de estos factores, como si por otra parte todos ellos fueran compatibles entre sí. En todo caso, de las tareas de desarrollo y ruptura de la dependencia las referencias se fueron concentrando más y más en la primera; las menciones al imperialismo pasaron a ser cada vez más raleadas y oblicuas, sin llegar a desaparecer del todo.

Hay razones de *Realpolitik* detrás del *revival* regional del “desarrollismo”, que hacen a una *correlación de fuerzas entre las clases que se aleja de la hegemonía del capitalismo más brutal, sin terminar de reinstalar el proyecto socialista*. Al respecto, Vivek Chibber explica: “Frente a los tétricos indicadores económicos registrados durante el cuarto de siglo de hegemonía neoliberal, la experiencia de los 50 y 60 parece haber ganado respetabilidad (...) Políticamente, el pésimo rendimiento del neoliberalismo ha significado una pérdida sostenida de legitimidad en el Sur. De ahí que no resulte del todo sorprendente encontrar un resurgimiento de la ambición por construir un desarrollo nacional. Este llamado a un retorno a cierto tipo de ‘desarrollismo’ no se encuentra sólo entre las elites políticas. También emana de una poderosa y articulada ala del movimiento antiglobalización: intelectuales críticos, ONGs y sindicatos. En un período en el que *las políticas de libre mercado tienen escasa credibilidad, pero los trabajadores no son lo suficientemente fuertes como para plantear un desafío serio a la propiedad privada*, cierto tipo de proyecto estatista de desarrollo parece ser para muchos el ‘programa de transición’ de nuestro tiempo” (“¿Reviviendo...?”, *Socialist Register* 5, 2005).

Por eso, como observa Claudio Katz, los críticos actuales del “neoliberalismo”, si bien admiten la relación de dependencia de la periferia respecto del centro como causa del subdesarrollo, “proponen superar esta sujeción mediante la construcción de ‘otro capitalismo’. Ya no vislumbran un proyecto totalmente nacional, autónomo y centrado en la sustitución de exportaciones, como sus antecesores de la CEPAL, pero sí un modelo regional, regulado y basado en los mercados internos. Auspician esquemas keynesianos para erigir ‘estados de bienestar’ en la periferia (...)” (“El imperialismo del siglo XXI”, *Socialismo o Barbarie* 15, septiembre 2003).

Pero las condiciones del siglo XXI son muy diferentes a las del tercer cuarto del siglo XX, ya que, como señala Katz, “el margen para implementar su proyecto se ha reducido a partir de la asociación creciente de las clases dominantes periféricas con el capital metropolitano (...) Las burguesías que no lograron en el pasado poner en pie un capitalismo autónomo, tienen menos posibilidades de aproximarse a esa meta en la actualidad. Su giro proimperialista limita incluso la viabilidad de proyectos regionales como el Mercosur” (ídem).

Ya Milcíades Peña señalaba los límites de la vocación de “integración regional” incluso en la época dorada de la industrialización por sustitución de impor-

taciones. Y el marco global de mundialización capitalista y los mayores lazos de sectores decisivos de la burguesía local con el imperialismo (aunque hablar de total fusión, como proponen algunos, es exagerado) hacen efectivamente aún menos viables tales proyectos. Así lo explica Katz: “A diferencia del período 1940-1970, los capitalistas latinoamericanos no propugnan reforzar los mercados internos mediante sustitución de importaciones, Su prioridad es la vinculación con las corporaciones extranjeras, porque la clase dominante es también parcialmente acreedora de la deuda externa y se ha beneficiado con la desregulación financiera, las privatizaciones y la desregulación laboral” (ídem). En el mismo sentido, Ramírez apunta que “los sectores más importantes de la burguesía se asocian directamente con el capital imperialista en la expoliación de sus propios países. Este hecho revela escasa base para las utopías de capitalismo ‘nacional’ y ‘productivo’ que siguen alentando muchas corrientes en nuestros países” (“Sobre ‘El boom y la burbuja’, de Robert Brenner”, en *Socialismo o Barbarie* 15, septiembre 2003).

Esta situación ha llevado a especialistas como Samir Amin a afirmar sin más trámite que “ya no hay más burguesía nacional” (dejando por ahora fuera del debate la cuestión de si alguna vez la habido en la periferia, si se entiende por “nacional” el hecho de estar interesada en el desarrollo independiente del imperialismo). El académico de izquierda argentino Atilio Borón hace la salvedad de que sí es posible hablar de la existencia de “burguesías nacionales” en las metrópolis, pero reconoce su total acuerdo con Amin en lo que respecta a la periferia (“El mito...”, *Argenpress*, 15-2-07).⁷

Incluso Chibber, cuyas conclusiones no son categóricas ni extraen definiciones políticas precisas, advierte que “aun cuando la nostalgia por la era desarrollista sea hasta cierto punto entendible, una evaluación más sobria nos sugiere una lección diferente. La última vez que las élites políticas y las clases subalternas apelaron a la burguesía nacional para liderar un proyecto de desarrollo obtuvieron menos de lo que esperaban, y mucho menos de lo que merecían. No hay razón para pensar que, librado a su propia lógica, el capital vaya a reaccionar de manera diferente en otra ocasión. (...) No está claro cómo el proceso en curso de integración económica afecta a la posibilidad misma de proyectos nacionales. Para algunos, la globalización hace muy improbable tal idea (...) Lo que este artículo ha argumentado es que, en la medida en que los proyectos desarrollistas sean posibles, sus defensores harían bien en observar con mucho más detenimiento la experiencia de sus predecesores. (...) (No hay

⁷ Para evitar confusiones, creemos que lo más preciso sería dominar a las burguesías *metropolitanas*, sencillamente, como *imperialistas*, y reservar el término *nacional* para la discusión sobre las burguesías *periféricas*. Entre otras razones, porque en los países centrales las tareas de unificación nacional fueron realizadas hace tiempo, y porque se connota así la existencia de tareas *propia-mente nacionales* (en primer lugar, la liquidación de la dependencia) en los países atrasados. Que tal “burguesía nacional” tenga existencia real o mítica, y/o que sea capaz de cumplir tales tareas, es naturalmente parte del debate, en el que la postura marxista revolucionaria clásica da una respuesta, a nuestro juicio, inequívocamente negativa en ambos casos.

razón) para continuar operando bajo la influencia de mitos que son probadamente falsos, ni con esperanzas que sin duda serán defraudadas" (Chibber, cit.).

En resumen, la nefasta experiencia del capitalismo neoliberal justifica acaso sólo sentimental, pero no política, teórica ni económicamente, la nostalgia por el período desarrollista. No sólo porque el marco es diferente, sino porque incluso en su propia época el modelo desarrollista reveló, como decía Peña, su "incapacidad para lograr el desarrollo autosostenido". Suponer que en el contexto de la mundialización los resultados de un programa tal (caso de existir quien quiera y pueda implementarlo, lo que es ya de por sí problemático) puedan superar a los ya limitados de su momento histórico es una fantasía o un engaño consciente.

Estos límites son visibles también en los gobiernos producto de las rebeliones más profundas del continente, los de Venezuela, Bolivia y, en menor medida, Ecuador. A despecho de las invocaciones al "socialismo" —al menos Chávez, porque Morales remite más explícitamente al capitalismo de Estado⁸—, la economía venezolana no da muestra alguna de acometer una acumulación propiamente socialista, lo que no debe confundirse con algunas estatizaciones. No se verifica siquiera un proceso acelerado de desarrollo y acumulación capitalistas, por lo que, más allá de la retórica, la estructura económica venezolana sigue tan dependiente como antes de los ingresos de divisas por el petróleo y de las importaciones de bienes de capital y alimentos. La "boliburguesía" ligada al régimen y las empresas estatales, como ha ocurrido en otras experiencias históricas similares y como predijera Milcíades Peña en los 60, se han demostrado económicamente *ineficientes* y viciadas por prácticas corruptas. Los estrechos marcos del "modelo" venezolano ya se están haciendo sentir en sectores importantes de las masas, y lamentablemente fortalecen la base de sustentación de la burguesía "escuálida" proimperialista.⁹

⁸ Ver al respecto la crítica de Roberto Sáenz al esquema teórico de quien luego sería vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, que defendía sin ambages formas de capitalismo de Estado como único camino de la transformación de la sociedad y la economía boliviana, con explícita exclusión de formas socialistas ("Crítica al romanticismo 'anticapitalista'", *Socialismo o Barbarie* 16, abril 2004).

⁹ Por lo tanto, consideramos totalmente injustificadas las expectativas que corrientes políticas e intelectuales como Katz depositan en estos "gobiernos nacionalistas radicales (Venezuela, Bolivia, Ecuador)" y en su "singularidad progresiva" que los llevaría a "tomar en sus manos la implementación del programa popular frente a la crisis" ("América Latina frente a la crisis global", www.socialismo-o-barbarie.org, 20-2-09). Si bien Katz reconoce como negativas "las concesiones al capital y la ausencia de medidas radicales" que "tienden a generar fatiga" en su base social, plantea la situación como si esos gobiernos afrontaran "grandes *disyuntivas*" entre avanzar en un sentido progresivo o ceder a las presiones de la burguesía y el imperialismo. A nuestro juicio, es una manera totalmente equivocada de considerar esos gobiernos "radicales" que no toman "medidas radicales". *No se trata de gobiernos en disputa ni de sexo indefinido*, sino que —admitiendo las contradicciones y diferencias *reales* con la burguesía y el imperialismo— no se proponen avanzar un milímetro en un sentido *efectivamente anticapitalista*. Y *mucho menos socialista*, connotación que, como expresa el propio Katz, es en el siglo XXI inseparable de la actividad directa, independiente y democrática de los trabajadores, algo que los tres gobiernos mencionados se han pro-

Por su parte, los gobiernos de centroizquierda de América Latina en el siglo XXI ya están raleando incluso sus apelaciones a la experiencia desarrollista, tras haber abandonado sin mucho disimulo toda referencia al imperialismo. El proyecto de esos gobiernos es, crecientemente, *apostar a una integración al mercado mundial vía el crecimiento de las exportaciones*, cuyo volumen y valor se ha multiplicado en los últimos años. Pero, a contramano de los consejos del propio Prebisch y la CEPAL de los 60, que recomendaban fortalecer el flojo de exportaciones con alto valor agregado, la tónica de la región ha sido el crecimiento de los renglones de exportación de commodities. Cualquier análisis del perfil del comercio exterior de los países de América Latina revela una primarización de exportaciones y una dependencia tremenda de las importaciones en el rubro de bienes de capital y productos semiterminados. La existencia de nichos exportadores en determinados rubros, por razones específicas y determinadas no extrapolables al conjunto, así como las maquilas o armaderos, no modifican en lo esencial esta configuración. La cual no supera (y en muchos casos ni siquiera alcanza) al modelo de sustitución de importaciones, que no fue subvertida por la apertura y extranjerización de los 90 y que resulta, en última instancia, herencia legítima de la dependencia, el desarrollo combinado, el atraso y la incapacidad histórica de las burguesías de la región para cambiar esas condiciones de manera radical. Esta misión, hoy como en los albores del debate sobre el desarrollismo, la burguesía nacional y el capitalismo de Estado, recae y sólo pueden recaer sobre los hombros de la clase trabajadora latinoamericana y sus aliados entre los sectores sociales oprimidos y explotados. Hoy como ayer, las burguesías de la región "terratinentes" o "industriales", "grandes" o "pequeñas", "transnacionalizadas" o "mercadointernistas", son *un obstáculo para el cumplimiento de las tareas pendientes, nacionales, democráticas y antiimperialistas. Que han de articularse, como consecuencia inevitable del rol protagónico de los trabajadores en la transformación social, con las tareas anticapitalistas y socialistas, en un proceso de revolución permanente.*

III. DOS DEBATES: LA "MULTIPOLARIDAD" Y EL CARÁCTER DE BRASIL

1. La "multipolaridad" y las relaciones entre imperialismos

Un elemento de la realidad geopolítica mundial, que venía anunciándose desde hace años, terminó de tomar carta de ciudadanía reconocida con el fin desastroso de la administración Bush: la crisis de hegemonía del imperialismo norteamericano. El rol de "líder del mundo occidental" con que EE.UU. había emergido de la Segunda Guerra Mundial era indiscutido e indisputado, y se

puesto explícitamente *sofocar* bajo el control de un Estado nada "obrero". Así lo muestra en Venezuela la campaña dirigida en su momento contra el dirigente independiente del chavismo Orlando Chirino y los intentos de regimentación de la central obrera venezolana al mejor estilo del nacionalismo burgués clásico.

asentaba sobre bases extremadamente sólidas. El tamaño, productividad, desarrollo científico-tecnológico y crecimiento de la economía estadounidense no admitían comparación con ninguna otra nación, a punto tal que se permitió apuntalar la reconstrucción de economías imperialistas arruinadas (especial, pero no exclusivamente, Alemania y Japón) a través del Plan Marshall. Su liderazgo político, ideológico y, *last but not least*, militar, hicieron de EE.UU. el *primus inter pares* del orden capitalista imperialista. El gran conductor de la época de la Guerra Fría no vio seriamente desafiado su lugar por ninguna otra potencia occidental, de modo que EE.UU. y la URSS, hegemónica en el bloque político-económico-militar "socialista", se constituyeron en los protagonistas del mundo "bipolar".

La caída del Muro de Berlín y luego del conjunto del "bloque soviético" (URSS y el glacis del Este europeo) en 1989-1991, más allá de su repercusión en muchas otras esferas a las que no nos podemos referir aquí, dejó, desde el punto de vista de la configuración del sistema mundial de estados, un mundo "unipolar". Ante la salida de escena de su rival, y sin que hubiera cambiado sustancialmente la relación de fuerzas entre los países imperialistas, EE.UU. apareció por un período como un "superimperialismo". Las delirantes propuestas emanadas del riñón más conservador del gobierno de Bush sobre la perspectiva del "nuevo siglo norteamericano" reconocen su inspiración menos en la risible pretensión de que ese estado de cosas excepcional y transitorio estaba destinado a durar que en el intento de contraofensiva ante la amenaza de la decadencia irreversible.

Pronto se hizo evidente que EE.UU. afrontaba una crisis de la legitimidad de su liderazgo mundial. Ya había atravesado una como producto de su derrota en Vietnam, y el empantanamiento de la intervención yanqui en Iraq y Afganistán (operaciones decididas unilateralmente, a contramano de la opinión pública mundial y de la mayoría de los otros imperialismos) contribuyó decisivamente a esa crisis.

De todos modos, conviene retener la idea de que esa crisis no afecta a, ni es el resultado de, un solo factor. Por el contrario, se trata de una crisis global de hegemonía. Todos los indicadores en los que EE.UU. mostraba en 1945 una superioridad indiscutible lo muestran ahora rezagado respecto de sus rivales, con una excepción muy importante: el terreno militar.

En dos planos decisivos, el retroceso de EE.UU. es palpable. Uno es la economía: es sabido que los desequilibrios crónicos de EE.UU. fueron el principal motor, causante y escenario (al menos inicial) de la actual crisis global. El otro es lo que se llama el "poder blando", es decir, la capacidad de convencer política, ideológica y culturalmente, por oposición a imponer militarmente. Es en este aspecto quizá donde el unilateralismo brutal de la administración haya causado más daño a la causa del imperialismo yanqui, y no es accidental que haya asomado una figura de recambio de liderazgo como la de Barack Obama, que apunta a recomponer precisamente esa capacidad perdida.

Es imposible pasar aquí a una discusión detallada de cada uno de esos aspectos. Sólo señalaremos que la coyuntura mundial muestra una situación, por así llamarla, de *transición e indefinición* con respecto al liderazgo del orden imperialista. A la vez que la hegemonía de EE.UU. aparece golpeada y cuestionada, *no se vislumbra un firme candidato a ocupar un trono que, por otra parte, tampoco está vacante*. Entre un liderazgo en decadencia pero no terminado ni mucho menos y la ausencia de un nítido reemplazante, lo que se verifica –en el marco de una crisis mundial que ha morigerado la marcha triunfal de la mundialización, aun sin revertirla– es un *creciente espacio para la “desobediencia”, las tendencias “centrífugas” y los liderazgos regionales*.¹⁰

Este orden mundial imperialista que ha perdido el orden, al menos en parte, donde EE.UU. ya no puede dominar como antes pero tampoco sus rivales europeos o Japón están en condiciones de tomar el bastón de mundo, es lo que ha llevado a diversos analistas y politólogos a hablar de un mundo “multipolar”. Se trataría, según esta visión, de una configuración en que ya no hay consenso mundial para acatar sin discutir las decisiones de un hegemon, y en la que adquieren creciente presencia nuevas potencias que han venido acreditando sus derechos en el ámbito regional. Ejemplos emblemáticos de estas “potencias ascendentes” serían las naciones del BRIC (Brasil, Rusia, India, China). Examinaremos aparte el caso de Brasil; en cuanto a la “multipolaridad” del mundo, adelantamos que contiene un aspecto ideológico que apunta a velar la *continuidad* de la hegemonía imperialista en aras de una supuesta “horizontalización” de las relaciones geopolíticas que está lejos de verificarse. En el fondo, lo que esta hipótesis niega es la existencia de una configuración política del mundo claramente jerárquica, con países del centro que explotan, dominan y deciden, y países de la periferia que son explotados, dominados y sufren las consecuencias de decisiones de las que no participaron.

En efecto, la ideología del “mundo multipolar” parece asumir que pasar a ser parte de los países “que deciden” en la política global es un camino abierto a las naciones y gobiernos que “hagan bien las cosas”. No hay en general referencia a obstáculos *estructurales* que la arquitectura política del mundo capitalista pone a los países de la periferia (retomaremos luego la cuestión de los “subimperialismos”).

Una discusión más interesante es la que plantean autores como Claudio Katz respecto de cómo encarar desde el marxismo las relaciones entre los países imperialistas y su posible evolución. Al respecto, señala: “La vigencia de la teoría clásica del imperialismo para explicar las relaciones de dominación *entre el centro y la periferia* es contundente. Pero su actualidad para clarificar las vinculaciones contemporáneas *entre las grandes potencias* es más controvertible”, y sostiene que la visión marxista clásica de la agudización de los conflictos interimperialistas hasta desembocar en confrontaciones bélicas “quedó desactuali-

¹⁰ Consultar al respecto los textos de Roberto Ramírez, “Tendencias de la situación mundial”, *Socialismo o Barbarie* 19, diciembre 2005, y el editorial “Una situación internacional con procesos aún sin definirse”, *Socialismo o Barbarie* 21, noviembre 2007.

zada en la posguerra, cuando la perspectiva de conflictos armados directos entre las potencias tendió a desaparecer. La hipótesis de este choque se tornó descartable o muy improbable, a medida que la competencia económica entre las diversas corporaciones y sus estados se fue concentrando en rivalidades más continentales" ("El imperialismo del siglo XXI", *Socialismo o Barbarie* 15, septiembre 2003). Siguiendo al Mandel de *El capitalismo tardío*, Katz remite a "tres modelos posibles de evolución del imperialismo: competencia interimperialista, transnacionalismo (en su denominación original: ultraimperialismo) y superimperialismo" (ídem).

Mandel consideraba que "el rasgo dominante de la acumulación era la rivalidad creciente, y por eso atribuyó a la primera alternativa mayores posibilidades. También pronosticó que la concurrencia intercontinental se profundizaría junto a la formación de alianzas regionales", pero para Katz es pertinente discutir nuevamente el problema: "¿Cómo se plantean actualmente estas tres perspectivas? ¿Qué tendencias prevalecen a principio del siglo XXI: la competencia interimperialista, el ultraimperialismo o el superimperialismo? (...) La interpretación inicial de la tesis del imperialismo como una etapa de rivalidad bélica entre potencias no tiene prácticamente adherentes en la actualidad. Existe en cambio una *versión débil* de esta visión, centrada ya no en el desenlace *militar*, sino en el análisis de la concurrencia *económica*" (ídem).

Según Katz, aunque esta "versión débil" del conflicto interimperialista es útil para refutar las variantes más vulgares de los apologistas de la globalización y las tonterías sobre el "fin de los estados", la "desterritorialización" de la economía y la política, etc., no es suficiente para "esclarecer las diferencias existentes entre el contexto actual y el vigente a principio del siglo XX. Es cierto que la concurrencia interimperialista continúa determinando el curso de la acumulación. ¿Pero por qué razón la rivalidad entre las potencias ya no desemboca en conflagraciones bélicas directas? La misma competencia se desarrolla ahora en un marco de *mayor solidaridad capitalista*" (ídem). Y aunque resulte plausible argumentar que el carácter "definitivo" de una guerra entre potencias nucleares y la presencia del "elemento extraño" de un actor político-económico-militar como el bloque soviético hayan atenuado por un período las contradicciones interimperialistas, Katz concluye que "el choque entre potencias ha quedado *mediatizado* por el salto registrado en la mundialización (...) En última instancia, la presión mundializadora es la *fuerza dominante* porque refleja la creciente acción de la ley del valor a escala internacional (...) La gestión internacionalizada de los negocios erosiona la vigencia del modelo clásico de concurrencia interimperialista. Pero esta transformación no es perceptible si se observa a la mundialización en curso como un proceso tan viejo como el propio capitalismo. Esta postura tiende a ignorar las diferencias cualitativas que separan a cada etapa de ese proceso, y esa distinción es vital para poder comprender por qué la internacionalización de la Compañía de las Indias del siglo XVI tiene, por ejemplo, tan poco parecido con la fabricación mundialmente segmentada de General Motors. La rivalidad contemporánea

entre corporaciones se desenvuelve en un marco de acción más concertada" (ídem).

Esta mirada merece algunos comentarios. Es sin duda un punto de partida correcto ubicar a la "presión mundializadora" en el marco de la acción de la ley del valor. Pero aunque también es válido reconocer que la mundialización mediatiza las aristas más agudas de la competencia interimperialista, al mismo tiempo debería señalarse que, precisamente por mediatizarlas, no las elimina ni cabe hablar de un cambio radical en el "modelo clásico".

Veamos esto más de cerca. En virtud de la propia acción de la ley del valor, es el salto en la extracción de plusvalía y la consiguiente recuperación de la tasa de ganancia lo que explica que en la fase de mundialización del capital el "choque entre potencias" y la "rivalidad entre corporaciones" tengan rasgos de más "concertación" que en momentos históricos de pelea feroz por cuotas de plusvalía. Como ya señalamos, la fase de mundialización no puede analizarse como un fenómeno puramente económico, atado a "ciclos" à la Kondratiev, sino que es inseparable de un período de derrotas importantes de la clase trabajadora y las naciones periféricas en el ámbito de la lucha de clases. Por otra parte, la absorción capitalista de Rusia y Europa y del Este, así como el lugar de China como "factoría del mundo", con salarios bajísimos, le insuflaron al orden imperialista nuevos y fértiles campos de explotación. En la medida en que esos factores, luego de los 90, fueron incorporados al ciclo mundial "normal" de la acumulación capitalista, debe necesariamente, a nuestro entender, atenuarse su influencia "estabilizadora".

Al respecto, cabe recordar lo que observaba Rosdolsky sobre el enfoque metodológico del marxismo en cuanto al límite intrínseco a la acumulación que encuentra el capital en el capital mismo. A su manera, tanto Henryk Grossmann como Rosa Luxemburgo subrayaban que la acumulación y la expansión de las relaciones capitalistas no sólo no podían reproducirse indefinidamente, sino que la barrera a la valorización que el propio capital se pone en las etapas superiores de su desarrollo conduce inevitablemente a conflictos violentos entre naciones imperialistas. Tanto uno como otra admitían como circunstancias "contrarrestantes" de esta tendencia la "colonización" por parte del capital de áreas geográficas y económicas antes sustraídas a la acción de la ley del valor. El ingreso de las relaciones de producción capitalistas plenas en los países del Este (sin entrar ahora en el debate sobre el carácter social anterior de esos países, tema que en nuestra corriente se ha trabajado en múltiples oportunidades y textos) puede y debe verse, sin duda, como un factor vigorizante del capital, que ofrece una base material para una competencia interimperialista por la explotación más "concertada" y menos salvaje.¹¹

¹¹ El trabajo de Katz no desconoce, claro está, estos procesos: "La nueva combinación de rivalidad, integración y supremacía imperialistas forma parte de las grandes transformaciones recientes del capitalismo. Se inscribe en el marco de una etapa signada por la ofensiva del capital sobre el trabajo (...), la expansión sectorial (privatizaciones) y geográfica (hacia los ex 'países socialistas') del capital, la revolución informática y la desregulación financiera. Estos procesos han alterado el fun-

Desde el punto de vista económico, al completarse ese proceso, la acrecentada avidez del capital por su valorización comenzó a encontrar su límite. Según la conocida expresión de Marx, el capital después de finalizar su comida tenía más hambre que antes. El recurso a la especulación como forma espuria de valorización es un paso que inevitablemente sigue al inicio de los tropiezos de la valorización, como observa atinadamente Grossmann. Es a nuestro entender sobre la base de estos mecanismos estrictamente clásicos que debe tentarse una clave de interpretación de la actual crisis mundial.

En lo político, se verifica desde los primeros coletazos de la crisis financiera y económica internacional que, sin regresar a un nivel de contradicciones tan candentes que deban resolverse en el plano militar, hay un *crecimiento de los roces económicos y políticos interimperialistas*.

Volviendo a Katz, resiste correctamente las caracterizaciones de transnacionalización total, versión contemporánea del viejo "ultraimperialismo" de Kautsky. Identifica los avances de la integración de los procesos económicos y políticos, pero contra los defensores de las variantes extremas de "soberanía imperial" (como los ya criticados Negri-Hardt), cuestiona con acierto que este enfoque implica "desconocer que la mayor integración mundial del capital se desenvuelve en el marco de los estados y las clases dominantes existentes o regionalizadas" (ídem). Un escepticismo similar cabe frente a los clamores de "unipolaridad" (o, en lenguaje marxista, superimperialismo). El texto de Katz, escrito durante el gobierno de Bush, pone en su lugar estas exageraciones y, citando a Peter Gowan, considera que "la forma de dominación 'suprematista' (a costa de los rivales) y no 'hegemonista' (compartiendo los frutos del poder) de Estados Unidos socava su liderazgo" (ídem).

Sin embargo, la conclusión de Katz tras este repaso es que "*ninguno de los tres modelos* alternativos al imperialismo clásico esclarece las relaciones actualmente predominantes entre las grandes potencias. (...) Estas insuficiencias inducen a pensar que la rivalidad, la integración y la hegemonía contemporánea tienden a combinarse en *nuevos tipos de vínculos interimperialistas, más complejos* que los imaginados en los años 70. Indagar esta *mixtura* es más provechoso que preguntarse cuál de los tres modelos concebidos en ese momento ha prevalecido (...) Reconocer esta combinación permite comprender el carácter *intermedio* de la situación actual" (ídem).

Esta solución "mixta", aunque tiene el mérito de no dar por cerrados procesos en curso —que en efecto presentan en más de un sentido un "carácter intermedio"—, no resulta metodológicamente convincente, y se acerca en cierta medida a las explicaciones eclécticas de Mandel, donde la *yuxtaposición* de

cionamiento del capitalismo y multiplicado los desequilibrios del sistema (...)” (ídem). No obstante, a nuestro juicio, no termina de integrar los factores *políticos* vinculados a la lucha de clases con los procesos específicamente económicos en su explicación de la configuración actual del capitalismo imperialista.

factores excluía por principio una *ponderación* del peso relativo de éstos y, sobre todo, de su determinación *esencial*, criterios que consideramos básicos del pensamiento dialéctico marxista. Sin duda que todo fenómeno es pluricausal, complejo y “mixto”, pero no debe admitirse ese carácter al precio de dejar las definiciones siempre en suspenso.

Desde nuestro punto de vista, la teoría marxista clásica del imperialismo y su consideración de las relaciones entre los países dominantes del centro capitalista como en última instancia conflictivas *se sostiene mucho mejor* que las exageraciones y arbitrariedades de la explicación “hiperglobalizadora” de los transnacionalistas y de la del “superimperialismo”, cuya cortedad de miras ha quedado en evidencia en menos de un lustro.

En ese sentido, corresponde poner ese aspecto de la teoría en perspectiva histórica. Por ejemplo, la concepción de que el conflicto es inevitable y conduce a confrontaciones cada vez más agudas como resultado de contradicciones tanto de la acumulación capitalista como de la lucha de clases (en el primer aspecto, con las consideraciones aportadas por Grossmann en su trabajo ya citado) tuvo clara vigencia no sólo en el momento de su formulación, sino hasta la Segunda Guerra Mundial. Es verdad que a partir de 1945 el elemento bélico pareció salir de escena. Pero esto debe contextualizarse en el orden de Yalta-Potsdam, la Guerra Fría y la consolidación de un actor “externo”, históricamente específico y no orgánico, como el aparato stalinista y los estados burocráticos no capitalistas. En ese marco, se desarrolló una superioridad militar incontestable de EE.UU. sobre el resto de los imperialismos, factor que incide hasta el presente. Pero con el derrumbe del stalinismo, aun cuando los efectos *inmediatos* resultaran en un aparente fortalecimiento de la hegemonía de EE.UU. hasta el extremo de asemejarse a un “superimperialismo”, a escala histórica más larga hay más bien una tendencia a la “normalización” de las coordenadas clásicas de conflicto interimperialista. La citada superioridad yanqui sobre el resto, sumada al carácter especial del armamento nuclear –que por definición impediría formas *recurrentes* de conflicto militar (una verdadera guerra atómica sería la última)–, si bien modifican en parte *uno* de los términos de la ecuación, no invalidan sino que, en todo caso, exigen una adaptación y actualización de la concepción marxista sobre el problema.

Concepción que, a nuestro entender, resulta cualitativamente más fecunda, abierta y fuerte que cualquiera de los marcos de explicación alternativos de este aspecto de la realidad del imperialismo (recordemos que respecto de las relaciones de dominio y explotación entre centro y periferia, Katz reconocía la pertinencia general de la visión clásica). Y no es de extrañar que incluso este costado más “controversial” confirme la vigencia de la teoría marxista (con las necesarias modificaciones del caso), en la medida en que ésta *echa sus raíces en las tendencias más profundas y permanentes de la dinámica de la acumulación capitalista, bajo el impacto siempre contingente de los resultados de la lucha de clases.*

2 ¿Es Brasil un país subimperialista?

Dentro de los debates aparecidos a propósito de las modificaciones en la elite de estados imperialistas, a partir de la señalada crisis de hegemonía de EE.UU., y a la par de las teorizaciones superficiales sobre la “multipolaridad” del mundo, aparece, ya más seriamente, la polémica sobre si ha habido o no “cambios de categoría” entre algunos países de la periferia y del centro. Y se vuelve a poner sobre la palestra, así, la cuestión del “subimperialismo”, a la que ya hemos hecho referencia. En ese contexto, varios autores, entre ellos Katz, postulan que Brasil puede ser considerado subimperialista, y plantean una serie de argumentos que merecen ser tomados en consideración, ya que se trata de una materia de debate abierta sobre procesos en pleno desarrollo.

Katz, como hemos señalado, no prevé como hipótesis más probable un “escenario multipolar”, y sostiene que incluso en el caso de “incorporación de nuevos socios a ese entramado” de potencias dominantes, el resultado sería sólo una “remodelación de la opresión” para beneficio de naciones hegemónicas regionales. Pero sí considera que es hora de revisar una “imagen de una superpotencia imponiendo sus prioridades a Latinoamérica, que acompañó al debut del neoliberalismo”, ya que “en Sudamérica no se verifica actualmente el tipo de sujeción neocolonial que rige por ejemplo en varias regiones de África. Es incorrecto observar a las principales clases dominantes locales como títeres de un imperio. Actúan como grupos de explotadores con *intereses y estrategias propias*, en un escenario que *difiere sustancialmente del marco semicolonial*” (“América Latina frente a la crisis global”, 20-2-09).

En ese sentido, agrega: “La noción de subimperialismo contribuye a superar el simplificado esquema de centro-periferia e indica la variedad de relaciones que genera la polarización del mercado mundial. Retrata la existencia de formaciones intermedias, que algunos pensadores han teorizado con el concepto de semiperiferia. (...) (Los) conceptos intermedios también chocan con la *estrecha clasificación* de los países latinoamericanos en colonias, semicolonias y capitalistas dependientes. Este modelo es particularmente insuficiente para una región que –a diferencia del resto de la periferia– logró una *emancipación temprana* del yugo colonial. Por soslayar situaciones semicoloniales durante gran parte del siglo XX, Brasil *tiende a saltar hacia un estadio subimperial*” (ídem).

Las diferencias entre los países atrasados con historia independiente desde el siglo XIX y las naciones “post coloniales” de posguerra han sido señaladas por muchos autores de diversas extracciones –entre ellos, Milcíades Peña, que establecía una distinción entre países “semicapitalistas” y “neocapitalistas”–, y no podemos extendernos aquí sobre el tema. Más pertinente resulta identificar las variaciones de un país a otro dentro de la misma categoría. Por ejemplo, respecto de su capacidad de formular “estrategias propias”, hay más similitud entre Brasil y Pakistán (nación post colonial) que entre Brasil y Paraguay, para no hablar de los países centroamericanos. No es “Sudamérica” en su conjunto la que, en virtud de su “emancipación temprana del yugo colonial” puede incluir-

se en una categoría “intermedia”: el único país de “la región” al que puede razonablemente (aunque no coincidamos) imputarse ese carácter es precisamente Brasil.

En cuanto a los mayores márgenes para “intereses y estrategias propias”, a nuestro entender, *no* están vinculados esencialmente a diferencias de desarrollo o de inserción en el mundo imperialista derivadas del pasado lejano, sino que más bien *obedecen a la profundidad de los procesos de lucha de clases* que se han verificado en la región y no en otros países de la periferia, con corta o larga historia independiente. Si Ecuador, Venezuela o Bolivia presentan diferencias sustanciales respecto de otros países atrasados en cuanto a su autonomía relativa frente al imperialismo, es en nuestra opinión evidente que el factor *político* tiene en la explicación un peso mucho mayor a la historia de sus estructuras económicas respectivas. También aquí, la observación metodológica de Trotsky sobre el “factor lucha de clases” se muestra de un valor inestimable.

Por otro lado, cuando se observa que “este cambio de contexto es soslayado por muchos teóricos de la recolonización, que sólo resaltan la reinserción subalterna de la región en el mercado mundial o la reaparición de formas de sujeción prenacionales” (ídem), debe incluirse entre los cuestionados no sólo a ciertas corrientes del trotskismo o a James Petras, sino al propio Katz, que en 2003 hacía este resumen: “La expropiación económica, la recolonización política y el intervencionismo militar conforman el triple pilar del imperialismo actual” (“El imperialismo en el siglo XXI”).

Por supuesto, cualquiera puede modificar o actualizar su elaboración; de lo que se trata es de discutir cuál es la mirada que mejor refleja la realidad del orden imperialista actual, con sus nuevos desarrollos y contradicciones, pero también con sus continuidades.

Katz enumera elementos reales que sostienen la tesis de que “Brasil *tiende* a jugar un rol *subimperialista*” y que es “el gran candidato para comandar una multipolaridad opresiva en Sudamérica” (“América...”, cit.). Veamos algunos de ellos:

“Las empresas transnacionales de ese origen se han consolidado en toda la región. (...) La expansión sudamericana de las multinacionales brasileñas se ha sostenido en la financiación oficial (BNDES). (...) El principal proyecto de estas firmas es un conjunto de autopistas e hidrovías programados en el IIRSA (infraestructura regional sudamericana). Este plan involucra a todos los países vecinos y se localiza prioritariamente en la Amazonia. Apunta a explotar los gigantescos recursos naturales de esa región. La expansión multinacional brasileña se apoya también en la agresiva diplomacia de negocios que desarrolla Itamaraty. (...) Para sostener la política de las corporaciones, Brasil se militariza con tecnología francesa. (...)”

“Este correlato militar de la expansión multinacional no se limita al radio fronterizo. Desde el 2004 Brasil lidera las fuerzas de ocupación que reemplazaron a los marines en Haití. (...) La estrategia geopolítica en curso apunta a lograr, desde Unasur, el ambicionado asiento brasileño en el Consejo de

Seguridad. (...) Brasil subordina incluso la continuidad del Mercosur a su liderazgo. Demorará la moneda común y el parlamento regional hasta que tenga asegurada esa conducción. Tampoco renuncia a estrategias unilaterales. En la última reunión de la OMC abandonó a sus aliados del G-20 para buscar un compromiso directo con los países desarrollados. (...) Todo indica, por lo tanto, que Brasil busca *ocupar los espacios creados por la crisis de dominación estadounidense*. Pero aspira a cumplir este rol *sin chocar* con la primera potencia. Tratará de *saltar un escalón dentro de la coordinación hegemónica* que ha prevalecido desde la posguerra. Las clases dominantes brasileñas pretenden jugar un rol más visible, pero al mismo tiempo *más integrado al imperialismo colectivo*" (ídem). Katz entiende aquí por "imperialismo colectivo" un orden mundial en el que las contradicciones entre imperialismos no se resuelven mediante el conflicto sino a través de un "poder compartido" entre las potencias, aunque EE.UU. siga siendo hegemónico entre, no subordinador de, los otros.

Es preciso reconocer que estos elementos están presentes y actuantes. El proyecto de la IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana) fue presentado por el BID en el 2000, auspiciado por el gobierno brasileño y aceptado por todos los países de Sudamérica. Las miradas de izquierda sobre el tema coinciden con este diagnóstico básico: "La IIRSA obedece al modelo de liberalización de los mercados, privatización y extracción de recursos. El objetivo es *acelerar la exportación de materias primas*" (Paulina Novo, Proyecto Biceca, citada en "Interconexiones para el mercado externo y saqueo a gran escala. Las venas (cada vez más) abiertas de América Latina", ALAI, 12-2-08). Le concede a Brasil cinco salidas al Pacífico, fungiría de alternativa al Canal de Panamá y mejoraría las vías fluviales de salida de los productos de exportación. Dicen Ojeda y Brasilino: "La IIRSA, aunque ha sido concebida para beneficiar a los mercados de los países ricos, está siendo ejecutada, sobre todo, para favorecer a los sectores económicos brasileños. 'El BNDES y las empresas transnacionales brasileñas son algunos de los principales actores en la implementación de la IIRSA', analiza Ricardo Verдум, del Instituto de Estudios Socioeconómicos (INESC) (...) 'La internacionalización subordinada del continente suramericano se entrecruza con una regionalización activa de los capitales de origen nacional o asentados en Brasil, con hegemonía del agrogocio y sectores de servicios bajo control o con fuerte participación del capital extranjero', explica el sociólogo Luis Fernando Novoa, de la Red Brasil sobre Instituciones Financieras Multilaterales" (ídem). Y según la investigadora de ESPLAR Magnolia Said, en este proyecto "Brasil actúa con la frialdad de un negociador en la defensa de sus intereses de subimperio y de los intereses de gobiernos aliados, especialmente el gobierno estadounidense" (ídem).

Con respecto a la política militar, el uruguayo Raúl Zibechi denuncia "el nuevo papel de Brasil en el continente, única nación del Sur pobre que tiene *autonomía estratégica militar* (...) (y) un plan estratégico de defensa. (...) En buena medida, esa estrategia se apoya en una industria militar importante; dicho de otro modo, el país desarrolló una industria militar de punta para ase-

gurar la defensa de sus intereses. Brasil es el quinto exportador de armas del mundo, si se considera a la Unión Europea como una unidad. La empresa aeronáutica Embraer es la cuarta en importancia en el mundo (...) La relación entre las fuerzas armadas de Brasil y Estados Unidos es de 'no cooperación', ya que no permite bases estadounidenses en su territorio, no participa en maniobras conjuntas con Estados Unidos y casi no recibe fondos para combatir el narcotráfico. (...) De hecho, hoy Brasil tiene la única fuerza militar de América del Sur con real capacidad de intervención en otros países, con divisiones aerotransportadas. Según el boletín electrónico Defesanet, en el hemisferio Sur el único país que supera militarmente a Brasil es Australia. Fernando Sampaio, rector de la Escuela Superior de Geopolítica y Estrategia, dedicada al estudio de cuestiones militares, resume en pocas palabras la visión que domina en Brasil respecto del Plan Colombia y el despliegue militar del Pentágono en la región: 'Es una disputa por la hegemonía regional. *Brasil no quiere ser más un satélite en esta constelación bélica patrocinada por los americanos*' (*Zero Hora*, 25-3-01) (...) En suma, estamos ante un gran país con intereses estratégicos definidos, con un empresariado y unas fuerzas armadas con vocación nacionalista que no parecen dispuestos a dejarse someter por ninguna potencia" (R. Zibechi, "El nuevo militarismo en América del Sur", ALAI, 2-6-05).

Es valorable el esfuerzo por dar cuenta de y conceptualizar estos nuevos desarrollos, siempre que se proceda *tomando recaudos teóricos y sin impresionismo*, buscando en principio integrar los cambios en esquemas previos y acaso modificándolos, pero sin necesariamente arrasar con ellos si no se justifica. Un ejemplo metodológicamente opuesto (el énfasis exagerado en los elementos de *continuidad*) lo da Petras, al considerar que "ninguno de los regímenes autodenominados de 'centro-izquierda' (Lula en Brasil, la familia Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia y Vázquez-Astori en Uruguay) ha roto con el modelo elitista de exportación agro-mineral, ni ha recuperado los sectores económicos estratégicos privatizados. (...) La lección que se extrae de los 5 años de experiencia con la política económica de los gobiernos de 'centro-izquierda' es que no son de 'izquierda' ni de 'centro', sino que forman parte inequívocamente de la 'tercera oleada' de regímenes *neoliberales* que llegaron al poder tras el colapso y la crisis de la segunda (Menem-De la Rúa, Sánchez de Lozada-Mesa, etc.), y se han visto favorecidos y apoyados por los excepcionales precios mundiales" ("Reconsideración...", La Haine, 4-9-09). Una mirada tan sumaria –aun si se apoya sobre argumentos reales– *disuelve toda especificidad* de los gobiernos del continente, a los que hemos dado en llamar de "mediación centroizquierdista", y cuyo carácter peculiar no consiste única o fundamentalmente en constituir una mera reedición de los regímenes neoliberales anteriores.

Se trata, entonces, de evaluar *equilibradamente* el "ascenso" de Brasil a la supuesta categoría de subimperialista o de agente regional de una "multipolaridad opresiva". Y para ello, es acaso útil *revisitar las lecciones de la historia del siglo XX*, porque *no es la primera vez* que a Brasil se le da con toda la pompa la bienvenida al círculo de las "potencias", y vale la pena recordar cómo ter-

minó ese ciclo. No porque la historia esté condenada a repetirse, sino, como dijimos, como ejercicio de prudencia teórica y política, y asimismo para señalar también, respecto del período del “milagro brasileño”, recurrencias y discontinuidades.

El propio Katz, naturalmente, no ignora la historia del término subimperialismo, acuñado, como es sabido, por Ruy Mauro Marini en los 60 precisamente a propósito de Brasil. Como recuerda Katz, el prefijo “sub” remitía al “carácter tardío y periférico de la nueva potencia y su *asociación subordinada con Estados Unidos*”.¹² Y aporta más precisiones al término: “La denominación distinguía una acción imperial emergente (Brasil) de una función ya dominante (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia). También aludía a diferencias con imperialismos menores (Suiza, Bélgica, España), extinguidos (otomano, austro-húngaro) o fallidos (Rusia, Japón). La palabra subimperialismo podría erróneamente sugerir una delegación del poder central a servidores de la periferia. Pero en el caso brasileño siempre apuntó a resaltar el proceso *opuesto* de *mayor autonomía de las clases dominantes locales*. La aplicación de ese concepto para la región difiere, por ejemplo, de su uso para el caso de Israel (que actúa por mandato del Pentágono) o de subpotencias como Australia y Canadá, que actuaron siempre adheridas al eje anglo-norteamericano. Una analogía más próxima a Brasil sería el rol jugado por Sudáfrica, en la región austral del continente negro” (“América Latina...”, cit.).

Aquí se advierte una contradicción: mientras que Katz subraya que hablar de subimperialismo brasileño remite no a un poder delegado de otra potencia (EE.UU.) sino a una “mayor autonomía”, la formulación original de Marini toma como punto de partida la “asociación subordinada”.

Al respecto, Milcíades Peña aporta una explicación marxista de por qué burguesías periféricas más poderosas tienden a esa asociación subordinada y no al conflicto con la metrópoli: “Otro error frecuente es la creencia de que la intensidad de los *roces* entre las burguesías nacionales y el capital imperialista *crecen en relación directa a la riqueza y el poderío de la burguesía nacional. Más bien ocurre lo contrario*. Precisamente porque los roces entre las burguesías nacionales y las metrópolis giran en torno de la distribución de la masa de plusvalía, *la relación tiende a mejorar a medida que se desarrolla la economía del país atrasado*. En general, cuanto mayor es el desarrollo económico de un país atrasado, *mayor es la masa de plusvalía* que obtiene la burguesía nacional, *y menores las razones que tiene para chocar con las metrópolis*” (ICSA, cit., p. 140).

Es verdad que, como señala Katz, “el acierto más perdurable de los primeros teóricos del subimperialismo fue captar la transformación de las viejas burguesías *nacionales* (promotoras del mercado interno), en burguesías *locales* (que priorizan la exportación y la asociación con empresas transnacionales). Marini

¹² Fernando Henrique Cardoso, que fue “teórico de la dependencia” antes de ser uno de los presidentes más proimperialistas de la historia del Brasil, llamaba de “desarrollo asociado” (con EE.UU.) al proyecto que Marini bautizó como subimperialista.

denominó 'cooperación antagónica' al proceso de internacionalización del capital local (...) Este *giro multinacional* de las clases dominantes se ha consolidado en las últimas dos décadas y se plasma actualmente en la expansión de las firmas brasileñas hacia los países vecinos. Marini atribuía este despliegue foráneo a la *estrechez de un mercado interno* afectado por la fragilidad del poder adquisitivo. (...) Estas carencias impulsan a las multinacionales a invertir en el exterior los capitales sobrantes que genera la *restrictiva acumulación interna*. Como resultado de esta contradicción, Brasil adopta *conductas subimperiales* antes de haber alcanzado el poderío que tuvieron las principales economías centrales en los siglos XIX y XX. Esta asimetría ilustra las modalidades contemporáneas que adopta el *desarrollo desigual y combinado*".

Es pertinente aquí la referencia al desarrollo desigual y combinado, pero cabe retener esta idea de "estrechez del mercado interno" a la hora de comparar el "subimperialismo" brasileño actual con el postulado en los 70.

Repasemos esa experiencia. André Gunder Frank recordaba que el de Brasil era "el desarrollo intermedio, semiperiférico y 'asociado' o 'subimperialista' más espectacular y reconocido del Tercer Mundo (...) En su visita oficial a Brasil en 1975, Henry Kissinger consagró a Brasil, por encima de todos los demás países del Tercer Mundo, como 'potencia naciente' (...) Entre 1956 y 1962, el ONB creció a una tasa anual de casi el 8 por ciento (...) Desde 1968 a 1974, el PNB brasileño creció a tasas anuales sostenidas del 10 por ciento (...) Las exportaciones se sextuplicaron entre 1964 y 1975 (...) (y) el aumento más espectacular fue el registrado en las exportaciones de manufacturas" (*La crisis mundial*, vol. 2, cit., pp. 30-31 y 33). Este lugar preponderante entre las "potencias intermedias" fue sancionado por la propia Comisión Trilateral, ente decisivo de la política imperialista en esa época: "Arabia Saudita, Irán, Brasil y México, por ser las 'nuevas grandes potencias', deberían introducirse en los círculos internos que adoptan las decisiones internacionales sobre cuestiones económicas" (*International Herald Tribune*, 19-8-76, en A. Gunder Frank, cit., p. 23). Si hoy se habla del BRIC (Brasil, Rusia, India, China), ese grupo de "nuevas grandes potencias" bien podría haberse llamado entonces el BAMI.

¿En qué quedó el futuro promisorio de ese "Brasil potencia"? Sostiene Frank: "Los estrechos límites del 'milagro económico' y la fragilidad del 'modelo brasileño' se hicieron universalmente visibles desde 1974 (...) El modelo presenta tres contradicciones con una fuerza política explosiva: en primer lugar, la '*desbrasilización*' de la economía avanza de tal forma que el poder decisorio se está transfiriendo a los centros del capital internacional; en segundo lugar, la *necesidad de bienes importados, tecnología extranjera y capital extranjero* (...) (y en tercer lugar,) un crecimiento económico alarmante, orientado hacia las necesidades de las *minorías*" (ídem, pp. 35 y 37). Veamos esto en detalle: "Todo este desarrollo se orquestó alrededor del capital multinacional, si no fue dirigido por éste, al que la industria brasileña se subordinó más que nunca (...) Está fuera de duda que los monopolios multi o transnacionales controlan una parte muy importante de la industria brasileña por medio de empresas mixtas" (ídem, pp.

33-34). En cuanto a la dependencia tecnológica y de capitales, el crecimiento de las importaciones de bienes de capital fue incluso superior al de las exportaciones lo que redundó en déficits de la balanza comercial, financiera y, por ende, de cuenta corriente, cuya continuidad originó en los 80 y 90 crisis de deuda crónicas (ídem, pp. 34-35). Y por último, *“todo el desarrollo se restringe a entre el 5 y quizá el 20 por ciento de la población (...) La característica más significativa del modelo brasileño es su tendencia estructural a excluir a la masa de la población de los beneficios de la acumulación y del progreso técnico”* (ídem, pp. 37-38).

En consecuencia, este “desarrollo semiperiférico, asociado y subimperialista” (ídem, p. 40) se demostró incapaz de superar la barrera del atraso y la inserción subordinada de Brasil en el orden imperialista. Como resume Chibber, “Brasil contrasta con India y Turquía en el sentido de que su desarrollismo fue configurado en parte por una poderosa ala de capitalistas ligados al capital extranjero, principalmente norteamericano” (“¿Reviviendo...?”, cit.). Y el balance que hace Atilio Borón de las experiencias de ese período en diversos países de “desarrollo intermedio” y aspirantes a “subir un escalón” en el concierto de naciones es que “ninguno dejó de ser un país subdesarrollado, y por eso al día de hoy exhiben los rasgos que caracterizan tal situación” (“El mito...”, cit.).

El único contraejemplo, Corea, según Vivek Chibber, presenta una combinación de factores históricos y peculiaridades no reproducibles en otros países que le permitieron saltar esa barrera. En coincidencia con Chibber, Borón afirma: “Hubo una sola excepción en la historia económica contemporánea: Corea, el único país que en el siglo XX trascendió las fronteras que separan subdesarrollo de desarrollo. Uno de los pocos, también, que a diferencia de los países de América Latina, jamás aplicó los ‘buenos consejos’ del FMI, el BM y el Consenso de Washington y que, por eso mismo, fue *el último en subirse al tren del desarrollo capitalista*” (ídem).

El interrogante a resolver es si el caso brasileño sigue respondiendo a estas coordenadas o si se ha abierto una nueva oportunidad para los países “intermedios” de acceder al “club del desarrollo”. La respuesta de Katz, aun tentativa –habla de “tendencias” y “comportamientos” subimperialistas, más que definir taxativamente a Brasil como subimperialista–, se orienta claramente en el segundo sentido: “Las semiperiferias han sido subimperialismos (o imperialismos) potenciales que prosperaron o abortaron. En Sudamérica *esta evolución se frustró en Argentina* durante la primera mitad del siglo XX, pero *continúa abierta para Brasil*. Múltiples razones económicas, políticas y sociales explican esta evolución divergente” (“América Latina...”, cit.).

Sin descartar completamente esa posibilidad, es relevante aquí considerar si los factores antes citados, que condujeron al fracaso del “milagro brasileño” en los 70 y condenaron al fracaso a los intentos de industrialización por sustitución de importaciones (peso de la propiedad imperialista, dependencia de bienes de capital y divisas, raquitismo crónico del mercado interno) siguen operando, o se han resuelto, o si otros han tomado su lugar.

No disponemos aquí del espacio (ni de los datos) como para confirmar o refutar la desnacionalización del aparato productivo (algo que con toda seguridad se verificó en Argentina). Pero tenemos pocas dudas de que las formas tradicionales de asociación (en grados variables de subordinación) con el capital imperialista siguen gozando de buena salud.

Por otra parte, las formas de la dependencia financiera han variado en la región (y en toda la periferia) desde los 70 hasta ahora: primero (años 80 y 90) vía el servicio de deuda pública; en la primera década de este siglo, los mecanismos son más combinados.

Lo que sin duda no se puede afirmar es que, a pesar del empuje de las multinacionales brasileñas y su creciente presencia regional, esto baste para certificar credenciales de desarrollo. Porque, como hemos visto en el caso de la IIRSA, el núcleo de la estrategia de acumulación capitalista en Brasil pasa hoy no por el aumento de la producción industrial y el crecimiento continuo del valor agregado en los productos de exportación, sino en el aprovechamiento de los altos precios de las commodities de hoy, en primerísimo lugar soja y petróleo. Está aceptado que el crecimiento exportador de Brasil, aun con todo su dinamismo, se da bajo el signo de la *reprimarización de las exportaciones*.

Y si hay un factor que no pueda decirse que haya cambiado en lo sustancial es que el crecimiento brasileño, hoy como ayer, *no “derrama” casi nada a los sectores populares y sigue concentrado en franjas estrechas de la población con alta capacidad de consumo*. El 10% más rico de la población se lleva el 45% del ingreso nacional, y amplísimos sectores siguen sumergidos en cuanto al nivel de consumo, apenas por encima del nivel de subsistencia. La extensión del plan social de Lula, Bolsa Familia, ampliamente elogiado por los analistas burgueses como asistencialismo exitoso, es al mismo tiempo la prueba palmaria que este país aspirante a potencia subimperialista es incapaz de garantizar un nivel de vida mínimamente digno para la mayoría de la población. En este rasgo se puede encontrar una diferencia profunda con los países imperialistas “clásicos”, que sí han sido capaces de “derramar” sobre sus propias clases populares algunas de las migajas de la explotación de ultramar (como lo advirtieran desde el comienzo del proceso los marxistas clásicos de principios del siglo XX).

De esta manera, los elementos nuevos señalados por Katz y otros al comienzo de esta exposición deben ser tenidos en cuenta, pero a la vez *ponderados* junto con rémoras de la acumulación capitalista en Brasil y de su configuración social. Para usar una figura gráfica, *el desarrollo de Brasil, por ahora, sigue ubicándolo más como cabeza de ratón que como cola de león*; esto es, menos un país recién llegado al círculo de las “nuevas potencias” a las que se refería la Comisión Trilateral que un *primus inter pares* de la vieja periferia.

Y esto hace, a nuestro juicio, a la *solidez de la configuración del orden imperialista* y de las categorías internas de que se compone. En ese sentido, el Katz de 2009 sostiene: “Las nociones de semiperiferia y subimperialismo permiten captar el dinamismo contradictorio del capitalismo. Este sistema *periódicamente transforma las relaciones de fuerza* en el mercado mundial. Una foto-

grafía congelada del centro y la periferia impide registrar estos cambios" ("América Latina...", cit.). Sin embargo, el Katz de 2003 se mostraba mucho más reservado respecto de esos "cambios periódicos": "El margen de crecimiento acelerado que permitió en el siglo XIX a Alemania o Japón alcanzar el status de potencia que ya detentaban Francia o Gran Bretaña, *no se encuentra hoy al alcance de Brasil, la India o Corea*. El mapa mundial ha quedado moldeado por una 'arquitectura estable' del centro y una 'geografía variable' del subdesarrollo, dónde sólo caben modificaciones del status periférico de cada país dependiente" ("El imperialismo...", cit.).

Sin necesidad de caer en la "fotografía congelada", que efectivamente es un obstáculo para dar cuenta de los nuevos desarrollos (Katz trae a colación, atinadamente, el ejemplo de China), nos parece más justa la definición citada en último lugar. Es crucial mantener la atención sobre los cambios en el orden mundial imperialista en *una época histórica que sigue siendo esencialmente abierta, de transición y cuyo signo está aún por definirse*. Pero la impostergable tarea de dar cuenta de las modificaciones en la estructura geopolítica y económica del sistema de naciones no debiera relevarnos de la necesidad de ser escrupulosos con las categorías teóricas e históricas heredadas de la elaboración marxista precedente.

Con mayor motivo cuanto que innumerables "modas" políticas, ideológicas y teóricas, que en muchos casos hicieron poner los ojos en blanco a buena parte de la izquierda mundial en la última década (piadosamente, nos abstendremos de hacer listas de nombres), se han revelado *efímeras y unilaterales*. Por el contrario, diversos trabajos marxistas de buen cuño han demostrado su *robustez conceptual, pertinencia y capacidad explicativa* frente a los acontecimientos y desafíos que ha abierto el siglo XXI, que en muchos casos exhibe un *retorno a ciertos parámetros "clásicos", bien que en un nuevo contexto*.

Y no se trata aquí de abogar por el conservatismo teórico; lejos de ello. El desafío para los marxistas es, en todo caso, saber dar nuevas puntadas con el mismo hilo.

IV. CONCLUSIÓN: VIGENCIA Y ACTUALIZACIÓN DE LA TEORÍA MARXISTA CLÁSICA

La teoría marxista del imperialismo, en su versión original, como bien resume Katz, "conceptualiza dos tipos de problemas. Por un lado, las relaciones de dominación vigentes entre los capitalistas del centro y los pueblos periféricos, y por otra parte, las vinculaciones prevalecientes entre las grandes potencias en cada etapa del capitalismo" ("El imperialismo...", cit.). Como ya hemos expuesto, Katz concede total vigencia al primer aspecto y propone ciertas modificaciones en el segundo, sin que éstas sean, a nuestro juicio, superadoras de la mirada clásica. ¿En qué consiste, entonces, esa teoría clásica, y qué elementos requieren agregados, actualizaciones y/o modificaciones?

Para dar una posible definición general, el imperialismo es una etapa del capitalismo industrial avanzado que ha alcanzado, desde fines del siglo XIX y

comienzos del siglo XX, la suficiente “madurez” de acumulación como para hacer *sistemáticos* determinados *mecanismos de explotación económica y dominio político* de la periferia atrasada por parte de los países del centro capitalista desarrollado. Esto es, constituye una *arquitectura jerárquica y asimétrica de naciones integradas a la economía mundial capitalista*. Aquí reside una de sus contradicciones esenciales e inerradicables, contradicción que es formativa del capitalismo mismo pero cuya agudeza se hace patente en la etapa imperialista. Esto es, la existencia, por un lado, de una dinámica económica del capital y una vigencia de la ley del valor que operan a escala *mundial*, por encima de fronteras nacionales, y por el otro, de un *sistema mundial de estados nacionales* que son el ámbito “natural” de la acumulación, de la lucha de clases y de la constitución misma de esas clases.¹³

Esta arquitectura, o “sistema general”, como lo llamaba Lenin, es *orgánica*: no puede concebirse un orden capitalista imperialista de forma distinta, so pena de transformarse en otra cosa. Sin querer forzar la analogía, *la relación de explotación y dominio entre burguesía y clase obrera en el ámbito nacional es tan constitutiva del orden capitalista como lo es de su etapa imperialista la relación de explotación y dominio entre centro y periferia*. Si esta relación cambia o se destruye, se ha cambiado o destruido el propio orden imperialista.¹⁴ Todos los

¹³ Cabe aclarar a este respecto la diferencia entre burguesía y clase obrera. Ambas se constituyen en el ámbito nacional, a partir de la historia económica, política y social específica de cada estado-nación. Pero aunque la clase capitalista de un país comparte con la de otros el interés en explotar y dominar a los trabajadores (y ese interés común es particularmente visible cuando se ve amenazado por la lucha obrera), tiene a la vez otro interés *propriadamente nacional*, que a corto o largo plazo *choca* con el de las burguesías vecinas. *La base nacional de la acumulación es una autocontradicción flagrante*: a la vez que no puede hablarse de acumulación internacional más que como *agregación* (no existe una burguesía *mundial*, salvo como expresión periodística sin rigor conceptual), la acumulación tiende a cada paso a exceder su ámbito nacional. Y eso es lo que de fondo explica el *conflicto permanente* –abierto o larvado, bélico o comercial– entre las burguesías *nacionales*. Esto se suscita incluso más allá de la opresión imperialista, porque tales contradicciones operan tanto entre países de distinta jerarquía en el orden capitalista mundial como entre “pares”. Pero, claro está, el nivel de desarrollo alcanzado por el capitalismo en la época del imperialismo hace brotar con frecuencia y agudeza crecientes nuevas contradicciones entre una acumulación voraz y la estrechez de las fronteras nacionales.

Nada de esto ocurre con las respectivas clases obreras de esos países, donde las evidentes diferencias de formación, tradición, etc., no implican en modo alguno conflicto de intereses, sin que exista aquí, por otra parte, contradicción entre sus intereses presentes y sus intereses históricos, según los entiende el marxismo. Entre otras, es por esta razón por la que el proletariado es una clase más *propriadamente universal* que la burguesía (aunque, a otro nivel, ésta es más universal que las clases o estratos precapitalistas, etc.).

¹⁴ Otras corrientes de pensamiento marxistas y semimarxistas tampoco se han subido al caballo de la novísima novedad y siguen poniendo las cosas en su lugar. Así, Samir Amin sostiene que, hoy como ayer, “los centros, periferias y diferentes formaciones sociales que participan en el sistema global no son sólo ‘formaciones desigualmente desarrolladas’, sino *formaciones interdependientes dentro de esa desigualdad*”. En el mismo sentido, Immanuel Wallerstein explica: “En lo concerniente a la posibilidad del desarrollo nacional dentro de la economía capitalista global, es sencillamente imposible que todos los países lo logren. *El proceso de acumulación de capital exige un sistema jerárquico en el que el plusvalor se distribuya de manera desigual, tanto geográficamente como entre las clases sociales*” (*Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, p. 169).

vaivenes y modificaciones de los mecanismos *específicos* de expolio económico y control político deben concebirse a partir de esta configuración esencial.¹⁵ Ahora bien, este sistema general de explotación de la periferia por el centro *no* presupone relaciones armoniosas o un acuerdo global *entre* los países imperialistas para el expolio *mancomunado* y pacífico de los países atrasados (el “ultraimperialismo” de Kautsky). Por el contrario, la contradicción mencionada entre estados nacionales y economía mundial se manifiesta en este caso como conflicto entre naciones imperialistas por la parte del león en la rapiña del mundo colonial y semicolonial, conflicto cuya “solución” última (temporaria, claro está) no podía ser otra que la guerra.

El mérito de los marxistas clásicos, como Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo (en particular el primero), fue formular y concebir el problema, en un sentido general, en estos términos. La elaboración de los tres, aunque de valor desigual respecto del tema, muestra aspectos que pueden complementarse. Lenin aporta la definición más global y duradera; Trotsky agrega la cuestión del desarrollo combinado y, sobre todo, la dialéctica entre los ciclos económicos y la lucha de clases en las relaciones internacionales; Rosa, aunque presenta la explicación económicamente menos convincente, establece un criterio fundamental en lo metodológico: la necesaria vinculación entre la concepción sobre el imperialismo y una *teoría de las crisis* del capitalismo.

Es precisamente este aspecto el que vendrá a desarrollar, a fines de los 20, Henryk Grossmann. Apoyándose sobre los trabajos de los marxistas citados, un abundante caudal de información empírica y un sólido manejo de la obra de Marx, Grossmann desarrolla la función propiamente *económica* del imperialismo, que dilucida en lo teórico de manera más completa que Lenin. Asimismo, en todo momento Grossmann toma como marco de referencia la dinámica de la acumulación capitalista, que librada a su tendencia “natural” conduce irremediablemente a la crisis y al “derrumbe” de esa acumulación por valorización insuficiente.¹⁶ Por último, el análisis del marxista centroeuropeo de la exportación de capital, el comercio exterior, la lucha por el control de las materias primas y el inevitable desarrollo de los elementos especulativos y parasitarios del capitalismo imperialista son de una seriedad y profundidad tales que ameritan su inclusión en la tradición marxista clásica.

¹⁵ Naturalmente, el carácter orgánico de esta relación centro-periferia implica también que ésta última ocupa un lugar *indispensable* en el funcionamiento y reproducción del capitalismo imperialista. Algo que no aparece, como ya hemos visto, en la conceptualización de Robert Brenner, para quien los circuitos fundamentales de la acumulación se dan entre los países del centro (*no menciona* al imperialismo), mientras que la periferia, aun si se reconoce que es explotada y oprimida, *no cumple un papel esencial*. Es evidente que, conforme a la teoría del imperialismo que defendemos aquí, es impensable que los países capitalistas del centro puedan dispensarse tan alegremente de la periferia (véase la crítica de Roberto Ramírez en “Sobre...”, cit.).

¹⁶ No debe confundirse “derrumbismo” como interpretación de la teoría de las crisis económicas en el capitalismo (esto es, el carácter necesariamente *autocontradictorio* de la dinámica de la acumulación y por ende el no menos necesario advenimiento de las crisis económicas, cuya resolución *política* depende de la lucha de clases concreta) con el “catastrofismo” como teleología o filsofía de la historia, o siquiera como teoría económica.

A grandes rasgos, podemos identificar dos fases económico-políticas en el mundo imperialista desde estas elaboraciones del marxismo clásico hasta hoy.

La primera fase abarcó desde la posguerra hasta mediados de los 70, y estuvo signada por procesos económicos —el período de expansión de los “30 gloriosos” años desde 1945, el Estado de bienestar, los intentos de desarrollo de la periferia mediante la industrialización por sustitución de importaciones— y políticos, en especial la consolidación de EE.UU. como imperialismo hegemónico y del “bloque socialista” liderado por la URSS como contendientes de la Guerra Fría, la descolonización de África y Asia y los movimientos nacionalistas burgueses.

En este período, el principal cuestionamiento a la teoría marxista del imperialismo vino desde el ámbito de la burguesía (las “etapas del crecimiento económico” de W.W. Rostow y luego las versiones más sofisticadas del desarrollismo de la CEPAL), que dieron pie a la ilusión de que el “camino al desarrollo” estaba abierto para cualquier país que adoptara los instrumentos adecuados de política económica. Es decir, una visión tecnocrática y nacionalista que pasaba por alto o subordinaba los vínculos de dependencia, como si la mera planificación económica local pudiera superar las debilidades estructurales de un capitalismo atrasado y sometido a explotación. El espejismo del ascenso de los países aspirantes a “nuevas potencias” —cuyas deficiencias ya hemos señalado— se combinó con todo tipo de estrategias reformistas, en general basadas en la contradicción supuestamente insalvable entre burguesía “nacional” (o “industrial”) e imperialismo. En el marxismo latinoamericano, el aporte de Milcíades Peña en el sentido de demoler sin misericordia las premisas teóricas, económicas y políticas de esa estrategia, a partir de una reivindicación del acervo clásico adaptado a las condiciones de la región en la posguerra, debe considerarse invaluable e insuperado para ese período.

En la segunda fase, que edificó los pilares de la mundialización capitalista, se asistió a la *crisis irreversible* de todos los elementos que dieron forma al período anterior, salvo el primero: la hegemonía yanqui, convertida a la salida de la caída del bloque soviético en aparente “superimperialismo”.

Lo primero a señalar es que las nuevas características que presenta la globalización-mundialización del capitalismo han conducido a una serie de elaboraciones que apresuradamente se ofrecieron como explicaciones alternativas a la teoría marxista. En general, tales modas teóricas se aferraban a rasgos efectivamente existentes, pero los trataban de manera antidialéctica, abstrayéndolos y absolutizándolos hasta la caricatura.

El más importante de ellos es el avance de los procesos de transnacionalización productiva y financiera. A partir de esta tendencia real, brotaron como hongos “teorías” de la “desterritorialización”, el “Estado capitalista mundial”, la definitiva “deslocalización de la producción” y hasta la desaparición de los estados nacionales. Para no hablar, en cuanto al desarrollo de la especulación financiera, del “capitalismo post industrial”, la “economía casino” y un sinnúmero de “novedades teóricas” por el estilo, hijas del impresionismo más incauto.

Contra semejantes exageraciones, corresponde, a la vez que se da cuenta de lo verificable, reafirmar los *límites precisos* de las tendencias señaladas, que hacen a la permanencia de la contradicción entre economía y política, entre capital y fronteras nacionales. No se trata sólo de que es más fácil transferir billones de dólares vía electrónica que radicar la décima parte de esa cifra en plantas productivas en el extranjero, sino que la dominación política se sigue ejerciendo vía los estados, que a diferencia del capital “transnacional” *cargan historias, tradiciones y relaciones de fuerza entre las clases que se procesan en la política* (y también, aunque de manera más mediada, en la economía).

Por otro lado, más fecundo que divagar con una nueva estructura del capitalismo a partir del aumento de la masa de capital especulativo, por ejemplo, es *contextualizar ese fenómeno como parte de las “vías de escape” a los límites de la valorización del capital*, como advierte la teoría marxista. Que la espiral especulativa y “ajena a la producción” de plusvalor no puede extenderse indefinidamente tuvo en la última década dos confirmaciones categóricas. La primera fue hacia el cambio de siglo, con el derrumbe de las tecnológicas “punto.com”, cuya valorización bursátil había perdido toda correlación con la “economía real” pero había alimentado todo tipo de teorizaciones superficiales y ad hoc sobre la “nueva economía inmaterial”, etc. La segunda, naturalmente, es la actual crisis mundial, cuyo elemento detonante fue el estallido de la burbuja especulativa inflada a partir de las hipotecas en EE.UU. Es significativo que precisamente ese tipo de mecanismo especulativo haya sido señalado por la teoría marxista como un recurso desesperado del capital para retomar la valorización (véase H. Grossmann, cit., pp. 349 y ss.).

La globalización-mundialización presenta otros rasgos específicos como el creciente parasitismo y desigualdad, el militarismo, la depredación del medio ambiente, nuevas formas productivas y otros, sobre los que no podemos extendernos aquí. Pero, en su mayor parte, tales rasgos no son completamente nuevos, sino una profundización o modificación no necesariamente funcional de elementos presentes en fases previas.

Es materia de debate si la primera década del siglo XXI representa la continuidad de esa fase o si está sentando las bases de una nueva fase de destino aún incierto. Por lo pronto, ya se verifica un cambio sustancial con el período abierto a fines de los 70: la crisis de la hegemonía de EE.UU., aun sin vislumbrarse una potencia imperialista de recambio.

En todo caso, el fin de la transitoria “unipolaridad”, como hemos señalado en el punto anterior, no necesariamente debe desembocar en una “multipolaridad” que abriría el juego a un orden imperialista distinto, con cambios sustanciales en la cantidad y ubicación de actores en ese esquema. El hecho de que no aparezca en el horizonte un firme candidato a sucesor de EE.UU. como potencia imperialista hegemónica no es en sí mismo contradictorio con la teoría marxista. Ésta, lejos de exigir siempre una potencia dominante, por el contrario, nace justamente en un período en que esa hegemonía no era definida. Las guerras mundiales aclararon el panorama, pero *es un error suponer que para*

el marxismo imperialismo significa guerra permanente, sino que en todo caso representa el recurso extremo de las tendencias al conflicto interimperialista. Es verdad que el carácter “definitivo” de una guerra nuclear interimperialista parece haber puesto ese recurso “en suspenso” por décadas, especialmente mientras el orden imperialista sea capaz de desplazar el escenario de conflicto a la periferia con guerras más convencionales. Pero caben aquí dos observaciones. Primero, no hay ningún motivo para confiar indefinidamente en la “racionalidad” del imperialismo; por el contrario, su carácter de fase destructiva e irracional impide descartar de plano la posibilidad del suicidio de un orden social. Y segundo, tal como predice la teoría marxista, no hay “superimperialismo” (una sola potencia que oprime a sus rivales y al resto) ni menos “ultraimperialismo” (acuerdo general y duradero entre potencias imperialistas para explotar a la periferia). En todo caso, sólo puede afirmarse que *por ahora las contradicciones interimperialistas supuran por vías no bélicas.* Pero la actual crisis –y, de confirmarse ese cambio, la nueva fase del orden imperialista– están lejos de haber dicho su última palabra y de haber agotado su arsenal de sorpresas.

En cuanto a la cuestión de los subimperialismos y de los candidatos al “ascenso de categoría” en el orden imperialista, dejando sentado que se trata de un debate abierto y de una preocupación lícita, nuestro punto de vista es que, a la luz de las fallidas experiencias de los 60 y los 70 (cuyo fracaso, por otra parte, no fue inmediatamente visible), conviene ser cauto en lo que hace a súbitos modificaciones de la arquitectura imperialista. El esquema de Charles Albert Michalet de cuatro categorías de países es un ejemplo posible de cómo dar cuenta de una geografía política de naciones que, sin ser estática ni mucho menos, se mueve dentro de límites estructurales que se han revelado hasta hoy altamente estables. Los cambios de lugar, cuando ocurren, muy rara vez remiten a un “ascenso” o “descenso” en las categorías fundamentales de países, sino más bien dentro de ellas.

A todas estas consideraciones generales cabe agregar el criterio metodológico de que estas modificaciones, especialmente las que hacen a períodos de mayor *independencia política relativa* de regiones de la periferia respecto del centro, están indisolublemente ligadas a los procesos de *lucha de clases*. Por dar un ejemplo cercano: es evidente la crisis de EE.UU. en cuanto su capacidad de control y dominio sobre América Latina. Pero esto no se debe exclusivamente a su declive general en el concierto de las potencias imperialistas, sino a las crisis sociales y políticas a que dio origen esa dominación y la consecuente respuesta del movimiento de masas, con rebeliones populares que llevaron al poder a gobiernos de centroizquierda en casi toda la región. Ambos procesos se alimentan recíprocamente: la crisis de hegemonía le impide a EE.UU. responder con la contundencia de antaño, y las nuevas relaciones de fuerza en la región ponen de manifiesto y profundizan esa crisis hegemónica.

No hay correlato mecánico ni relación preestablecida de sobredeterminación entre dinámica de la acumulación capitalista y lucha de clases, entre ciclos económicos y ciclos políticos. Sin duda, el imperio de la ley del valor y las exi-

gencias de la acumulación son el sustrato material de toda configuración del orden capitalista, pero precisamente porque el imperialismo debe conjugar relaciones de explotación económica y dominación política es que esa última instancia (incluida la acción del Estado) tiene una especificidad no reducible a la dinámica económica, aunque se mueva dentro de sus límites.¹⁷

Por otro lado, todo proyecto, capitalista o socialista, que tenga la pretensión de ignorar las leyes de la economía capitalista invocando la “primacía de lo político” o, como decía Mao Tse Tung, “la política al puesto de mando”, encuentra más pronto que tarde la materialidad de esos límites. Así ocurrió con los movimientos “desarrollistas” del nacionalismo burgués (incluso el más radical); así ocurrió con los estados burocráticos mal llamados “socialistas”... y así ocurre con las experiencias como la de “socialismo del siglo XXI”. En la medida en que la respuesta estratégica al orden capitalista imperialista no sea la de ruptura revolucionaria con él y apuesta a la revolución obrera y socialista internacional, toda salida “intermedia” está condenada, en razón de la realidad superior de la economía capitalista mundial (y más aún en su fase mundializada), a ser fagocitada por ella.

Es verdad que en América Latina, como en todas partes, el socialismo “no podrá ser calco y copia, sino invención heroica de nuestros pueblos” (Mariátegui). Pero las herramientas teóricas y prácticas no se inventan de la nada. El socialismo es, también, una síntesis de las experiencias de lucha del movimiento obrero, de los pueblos y sectores sociales explotados y oprimidos. Y las lecciones que ofrecen el siglo XX y lo poco que hemos transitado del siglo XXI son inequívocas en el sentido de confirmar los grandes lineamientos de la elaboración marxista sobre el imperialismo. No hay atajos, no hay proyectos capitalistas alternativos, no hay lugar para formas bastardas de socialismo: el camino de la lucha antiimperialista, de la lucha por liberar a nuestros países de la dependencia, conduce inexorablemente a la afectación de la propiedad capitalista, a la revolución social, al poder de la clase obrera y sus aliados explotados y oprimidos, a la transición al socialismo, a la Federación de Estados Socialistas de América Latina. Cinco siglos de capitalismo y uno de imperialismo confirman que toda otra vía es en verdad una vía muerta para los trabajadores y las masas de nuestro sufrido y combativo continente.

¹⁷ Aquí disentimos de los compañeros de Razón y Revolución, que en su loable propósito de criticar el “politicismo” que se desentiende de las determinaciones estructurales de la acumulación capitalista y autonomiza absolutamente el elemento “voluntarista”, terminan *disolviendo toda especificidad* de la política y de las relaciones entre estados, cuyas diferencias de fuerza relativa no reflejarían otra cosa que “la fortaleza de sus capitales” respectivos. Así, la acción del Estado, como la dinámica política en general, “responderá a determinaciones económicas regidas por la competencia”, lo que nos parece una reducción totalmente abusiva de las relaciones dialécticas entre ambas esferas (J. Kornblihtt, *Crítica del marxismo liberal*, Buenos Aires, RyR, 2009, p. 36).

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, Samir: *El desarrollo desigual*, Buenos Aires, Planeta, 1986.
- BAUDINO, Verónica: *El ingrediente oculto*, Buenos Aires, RyR, 2009.
- BORÓN, Atilio: "El mito del desarrollo capitalista nacional en la nueva coyuntura política", *Argenpress*, 15-2-07.
- BUJARIN, Nicolai: *La economía mundial y el imperialismo*, México, Pasado y Presente, 1987.
- CALVO, Thomas: *Iberoamérica de 1570 a 1910*, Barcelona, Península, 1996.
- CHIBBER, Vivek: "¿Reviviendo el estado desarrollista? El mito de la 'burguesía nacional'", *Socialist Register* 5, 2005.
- COLLETTI, Lucio (comp.): *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1985.
- DUMENIL, Gérard y LÉVY, Dominique: "O imperialismo na era neoliberal", *Cepremap*, 2004.
- FRANK, André Gunder: *La crisis mundial*, 2 vol., Barcelona, Bruguera, 1979.
— *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, Barcelona, Laia, 1979.
- GROSSMANN, Henryk: *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1984.
- GUILLÉN R., Arturo: "América Latina en la encrucijada de la crisis global", *América Latina en Movimiento*, 18-6-09.
- HARMAN, Chris: "Argentina: rebellion at the sharp end of the world crisis", *International Socialist Journal* 94, septiembre 2002.
- HARVEY, David: "El nuevo imperialismo" (entrevista), *Sin permiso*, 21-5-06.
- KATZ, Claudio: "América Latina frente a la crisis global", 10-2-09, en www.socialismo-o-barbarie.org.
— "El imperialismo del siglo XXI", en *Socialismo o Barbarie* 15, septiembre 2003.
- KORNBLIHTT, Juan: *Crítica del marxismo liberal*, Buenos Aires, RyR, 2009.
- LENIN, Vladimir I.: *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Buenos Aires, Anteo, 1973.
- LUXEMBURGO, Rosa y BUJARIN, Nicolai: *El imperialismo y la acumulación de capital*, Córdoba, Pasado y Presente, 1975.
- MANDEL, Ernest: *Tratado de economía marxista*, 3 vol., México, Era, 1975-1983.
- MARX, Karl: *El capital*, 8 vol. (libros I a III), México, Siglo XXI, 1985.
- NAVILLE, Pierre: *Le nouveau Léviathan*, 7 vol., Paris, Anthropos, 1970.
- OJEDA, Igor y BRASILINO, Luis: "Interconexiones para el mercado externo y saqueo a gran escala. Las venas (cada vez más) abiertas de América Latina", *ALAI*, 12-2-08.
- PEÑA, Milciades: *Industrialización y clases sociales en Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
— *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires, Fichas, 1974.
— *Antes de Mayo*, Buenos Aires, Fichas, 1973.
— *El paraíso terrateniente*, Buenos Aires, Fichas, 1972.
- PETRAS, James: "Reconsideración del desarrollo de Latinoamérica y el Caribe para el siglo XXI", *La Haine*, 4-9-09.
— "Estado imperial, imperialismo e imperio", *Rebelión*, 9-7-05.
- RAMÍREZ, Roberto: "La mundialización del capitalismo imperialista y nuestro programa", mimeo, 1995.
— "Sobre 'El boom y la burbuja', de Robert Brenner", en *Socialismo o Barbarie* 15, sep-

- tiembre 2003.
- ROSDOLSKY, Roman: *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México, Siglo XXI, 1986.
- ROSTOW, W.W.: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México, FCE, 1970.
- SÁENZ, Roberto: "Crítica del romanticismo 'anticapitalista'", *Socialismo o Barbarie* 16, abril 2004.
- "Nacionalismo burgués y frentepopulismo en América Latina", *Socialismo o Barbarie* 20, diciembre 2006.
- "Tras las huellas del 'socialismo nacional'", *Socialismo o Barbarie* 21, noviembre 2007.
- SHAIKH, Anwar: *Valor, acumulación y crisis*, Buenos Aires, RyR, 2006.
- SWEETZ, Paul: *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1981.
- TROTSKY, León: *El Programa de Transición*, La Paz, Crux, s.f.
- *La revolución permanente*, La Paz, Crux, 1991.
- *Sobre los sindicatos*, Buenos Aires, Pluma, 1975.
- *Una escuela de estrategia revolucionaria*, Buenos Aires, Del Siglo, 1973. Incluye "La situación mundial" y "La curva de desarrollo capitalista".
- "Flujos y reflujos", www.ceip.org.ar.
- WALLERSTEIN, Immanuel: *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996.
- ZIBECCHI, Raúl: "El nuevo militarismo en América del Sur", ALAI, 2-6-05.
- "El nuevo imperialismo en América Latina", ALAI, 29-4-04.
- "Globalization or national bourgeoisie: an outdated debate", ALAI, 9-10-03.

